



rotégeme Ley de
Archivo



INSTITUTO DE PSICOLOGÍA
Dirección de Programa
Programa Académico de Psicología

ACTA DE SUSTENTACIÓN INFORME
FINAL DE TRABAJO DE GRADO

FECHA DE ELABORACIÓN		
DÍA	MES	AÑO
31	05	2012

HORA:	3:00 pm
LUGAR:	Skype
TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:	la idea de la muerte en la obra de Sigmund Freud
ESTUDIANTES:	
John River Arango Garcia	CÓDIGO: 200338249
	CÓDIGO:
	CÓDIGO:
PERIODO ACADÉMICO:	
DIRECTOR:	Marco Alexis Salcedo
JURADOS:	
	tatiana calderon
	nicolas angelo fernandez
OBSERVACIONES:	

EVALUACIÓN:

A. APROBADO ☒

B. APROBADO PERO SUJETO A RECOMENDACIONES ☐

C. APLAZADO PARA NUEVA SUSTENTACIÓN ☐

D. RECHAZADO ☐

Para el caso del literal B. El cumplimiento de recomendaciones debe ser presentado ante:

A. EL DIRECTOR ☐

LOS JURADOS ☐

TODOS ☐

Plazo de entrega: _____

Aprobado por:	Aprobado por:	Aprobado por:
<i>[Firma]</i>	<i>[Firma]</i>	<i>[Firma]</i>
JURADO	DIRECTOR	JURADO

NOTAS:

1. El plazo máximo para cumplir recomendaciones o para una nueva sustentación es de un (1) mes.
2. El acta debe ser redactada por el director y firmada por este y los jurados en la sesión de sustentación.
3. Los jurados deben devolver los proyectos a los estudiantes; el director conserva una copia del trabajo de grado aprobado.

ESPACIO PARA LLENAR EN EL CASO DE CUMPLIMIENTO DE RECOMENDACIONES

Las recomendaciones fueron cumplidas el: _____

Asignatura: CONTINUACION DE TRABAJO DE GRADO (990001M).

EN CONSECUENCIA EL TRABAJO DE GRADO QUEDA:

APROBADO ☐ NO APROBADO ☐

Aprobado por:	Aprobado por:	Aprobado por:
JURADO	DIRECTOR	JURADO

UNIVERSIDAD DEL VALLE

Instituto de Psicología

Psicología



LA IDEA DE LA MUERTE EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD

Preparado por

John River Arango García

Palmira, Colombia

2012

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	1
Algunos antecedentes sobre el tema.....	12
CAPITULO I: LA MUERTE, FANTASÍAS Y SUEÑOS EN LA NEUROSIS.....	25
Fantasías y muerte.....	26
El deseo de muerte del padre – El parricidio.....	37
Los sueños y la muerte.....	51
CAPITULO II: LA MUERTE COMO META; LA PULSIÓN DE MUERTE.....	62
El concepto de pulsión.....	63
La pulsión de muerte.....	68
CAPÍTULO III: LA MUERTE Y LA SOCIEDAD.....	88
La guerra, el reflejo del hombre primordial que habita en nuestro inconsciente.....	88
La muerte en la religión, la mitología y la literatura.....	97
CONCLUSIONES.....	105
BIBLIOGRAFÍA.....	109

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mis agradecimientos,

A Dios, por haberme bendecido con las facultades necesarias para la elaboración de este trabajo.

A Marco Alexis Salcedo, por su dirección, confianza y constante apoyo.

A Lady Bulla Cuellar, por su gestión en la presentación de este trabajo y todo lo relacionado con su validación ante la Universidad del Valle.

Y, a todas y cada una de las personas que directa o indirectamente influyeron en el desarrollo y culminación de esta monografía.

DEDICATORIA

“He hallado que las personas que se saben los preferidos o favorecidos por su madre dan pruebas en la vida de aquella particular confianza en sí mismos, de aquel incommovible optimismo, que no rara vez aparecen como heroicos y llevan a un éxito real.”

- Sigmund Freud

A mi madre Hermanory.

Por su apoyo incondicional, la confianza depositada en mí, el sacrificio y el amor,
que me ayudaron a llevar a feliz término mi carrera.

A mi padre César.

Por su esfuerzo, apoyo, confianza y amor. Por sus ejemplos de perseverancia y tenacidad que lo llevaron a abandonar su país y buscar cumplir sus sueños y los de toda su familia.

A mis hermanos Mónica y Carlos Arturo.

Por su colaboración en ciertos momentos claves de mi vida. Por sus aportes conscientes e inconscientes. Por su apoyo, confianza y amor. Porque cada una de sus palabras y bromas se convirtieron en combustible para mi empresa.

A Daniela [Danny].

Por aparecer en mi vida y convertirse en mi final motivación e inspiración para
terminar este trabajo y conseguir mi título. Por los momentos de soledad que
soportó estando tan cercanos y que me permitieron avanzar.

¡Siempre estarás en mi corazón!

A todos aquellos que no creyeron.

Porque ustedes también fueron fuente de inspiración y muestra del constante desafío
que rodeaba la finalización de este proyecto.

RESUMEN

La presente monografía exhibe las ideas que trató Sigmund Freud alrededor del tema de la muerte en todas sus obras bibliográficas. Más que el cese mismo de la vida, la muerte es una idea que en el acontecer psíquico de los sujetos tiene una representación diversa. El psicoanálisis como una corriente teórica que define aspectos puntuales del desarrollo y actuar humano, ha hecho un aporte sustancial al tema que aquí se trata. Identificar las citas donde se aborda el tema de la muerte y a continuación, adelantar una categorización de las citas obtenidas permitió hacer una selección de textos que posteriormente fueron organizados y analizados cronológicamente, asegurando el seguimiento adecuado al desarrollo de cada una de las ideas y los conceptos de Freud. El tema de la muerte en la obra de Sigmund Freud, halla un lugar mucho más allá del concepto de *pulsión de muerte*. La monografía aporta elementos que permiten ubicar a la muerte como una meta de la que durante toda la vida, se lucha por no alcanzar. Desde Freud no estamos abandonados a un destino fatal, al que pudiéramos o debiéramos acelerar con estrategias como el suicidio, o a la guerra total que busque la eliminación completa de la humanidad. Señala que hay un final inevitable, pero que podemos postergar durante cierto tiempo, contando con los medios y las fuerzas anímicas para llevarlo a cabo, especialmente las que ofrece las pulsiones sexuales.

Palabras clave: Sigmund Freud, psicoanálisis, muerte, pulsión de muerte, neurosis, histeria, fantasías, sueños, inconsciente.

INTRODUCCIÓN

En el texto que se presenta a continuación se busca exponer las ideas alrededor del tema de la muerte dentro de la obra de Sigmund Freud. La muerte es un tema que ha despertado gran interés en todas las organizaciones sociales quizás por estar cubierto por un velo de misterio. Su existencia innegable ha llevado a que alrededor de ella se hayan construido una cantidad considerable de prácticas culturales en las que se han puesto de manifiesto interpretaciones particulares. “La muerte es... Una realidad desconocida a la que cada una de las civilizaciones se ha enfrentado inventando formas felices, tristes o indiferentes de coronar sus vidas.” (Caycedo, 2007, p. 333).

Más que el cese mismo de la vida, la muerte es una idea que en el acontecer psíquico de los sujetos tiene una representación diversa. Su influencia puede evidenciarse en las artes, las ciencias, la filosofía y la religión. Cada uno de estos campos aborda una dimensión diferente del individuo y es por esto, que el psicoanálisis como una corriente teórica que define aspectos puntuales del desarrollo y actuar humano, ha hecho un aporte sustancial al tema que motiva este trabajo monográfico. El tema tiene grandes dificultades teóricas, pero el deseo de continuar con el aprendizaje y la búsqueda del dominio de la teoría freudiana le dan la fuerza a este texto para desarrollarse.

Sigmund Freud es el padre del psicoanálisis y por tal motivo este trabajo echa un vistazo a los hallazgos, hipótesis, ideas, etc., que él construyó alrededor de la muerte en sus obras escritas. Sus primeros acercamientos al tema los hizo a través de sus trabajos con pacientes neuróticos, algunos de los cuales desarrollaban su conflicto a partir de la experiencia de perder a un ser querido, especialmente al padre. El descubrimiento del complejo de Edipo le dio a Freud mayores razones para afirmar que existe un deseo hostil inconsciente, un deseo de muerte dirigido contra el progenitor y que de acuerdo con la estructura psíquica del sujeto, es el origen de patologías nerviosas como las histerias y las obsesiones.

Las fantasías y los sueños, componentes típicos de las neurosis, sirven de escenarios para las más entramadas historias en las que la muerte hace su aparición. Diálogos con personas que ya no están, asesinatos cometidos por el soñante, juicios por algún crimen o simplemente asistir a un velorio, son algunos de los ejemplos que nos ofrece Freud cuando en el análisis de estos, determina que un deseo arcaico como el de muerte, puede hacerse actual en cualquier momento. Tal deseo guarda relación con el sentimiento de culpa que experimentan los obsesivos y que los lleva a estructurar toda una serie de rituales que les ofrece la opción de impedir hacer algún daño. La muerte en la fantasía tiene un equivalente de afecto a la muerte en la realidad, lo que hace presa de los más feroces reproches, a los neuróticos.

Posteriormente con el retorno de lo reprimido, los síntomas y la transferencia se le insinuó a Freud lo que posteriormente él llamó “*compulsión a la repetición*” y que le daría

indicios de la existencia de una pulsión que representara la naturaleza misma de ella. El concepto *pulsión de muerte* aparece por vez primera en 1920 en *Más allá del principio de placer* y llega para modificar y reequilibrar la primera teoría pulsional en la que se agrupaban las pulsiones en sexuales y de auto conservación. La segunda teoría pulsional estaría compuesta por las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Freud le dio un contenido a la pulsión de muerte y éste fue la agresividad. Ésta última es dirigida hacia el exterior por medio del sistema motor. La pulsión de muerte es considerada por el padre del psicoanálisis como la pulsión por excelencia ya que su tendencia es regresiva. La lucha por alcanzar el estado primero, el de lo inanimado, es su misión y en su labor se ve interceptada por las pulsiones de vida que cada vez buscan crear unidades vitales más complejas para alejar al organismo de su fin, una batalla que tarde o temprano, terminarán perdiendo.

Teniendo en cuenta sus descubrimientos acerca de las neurosis, el deseo de muerte, la labor de la pulsión de muerte y su propia experiencia de cara al monstruo de la guerra, Freud hace acercamientos analíticos a textos antropológicos, sociológicos, biográficos y literarios entre otros, de los que pudo extraer argumentos para sustentar hipótesis por ejemplo, las similitudes que guardan las prohibiciones tabú y las prohibiciones obsesivas, desarrolladas en su texto *Tótem y tabú* de 1913c. En *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915b), Freud llega a asegurar que es a través de estos medios de expresión que solamente es concebible la muerte, ya que como hombres necesitamos sentir que tenemos una vida intocable.

En *De guerra y muerte. Temas de actualidad* de 1915b, Freud asegura que posterior a la pérdida de un ser cercano, tememos perder nuestra propia vida pero, que existe detrás del dolor por la muerte una especie de satisfacción. Los seres queridos que fallecen, nos hacen considerar nuestra propia muerte, pero como este pensamiento contradice lo que en el inconsciente se cree, entonces el yo se rebela y en esto, celebra la recuperación de un pedacito de sí mismo, ese pedacito que poseía el ser que se ha ido (Freud, 1915b). A la vez esta situación de satisfacción produce en el hombre un sentimiento de culpa, que es para Freud, el origen de la angustia de muerte que algunas personas llegan a experimentar.

Con el presente trabajo se busca ofrecer en un mismo texto, otras dimensiones de la muerte contenidas en la bibliografía de Sigmund Freud. Se pretende abordar mucho más que la pulsión de muerte y describir no solamente la formación y el posterior desarrollo de un concepto tan controvertido en el campo psicoanalítico, sino mostrar el papel de la muerte dentro del acontecer psíquico, revelado a través de la clínica del neurótico y el alcance del deseo de muerte dentro de la realidad social.

Para elaborar este trabajo descriptivo de la obra freudiana en torno a la idea de la muerte, se hizo necesario identificar las citas donde se aborda el tema de la muerte y a continuación, adelantar una categorización de las citas obtenidas. Esto permitió hacer una selección de textos que posteriormente fueron organizados y analizados cronológicamente, asegurando el seguimiento adecuado al desarrollo de cada una de las ideas y los conceptos de Freud. Fue posible así, agrupar los textos dentro de tres categorías, cada una de las cuales, se transformó en un capítulo de esta monografía.

En este trabajo monográfico, se ha decidido mostrar tres diferentes dimensiones de la idea de la muerte dentro de la obra de Sigmund Freud. Cada una de ellas, se abordará en un capítulo. El contenido y objetivo de cada capítulo, se presenta a continuación:

En el primer capítulo de esta monografía se aborda el tema de la muerte como parte del contenido de los sueños y las fantasías, especialmente en pacientes neuróticos. En los estudios sobre los casos de éste tipo de pacientes llevados a cabo por Freud, podemos reconocer el papel tan importante que cumplen las fantasías en el desarrollo de las diversas patologías sean éstas: histerias, obsesiones, fobias, etc. Recordamos que justamente sobre estas construcciones que cuentan con una dosis de realidad, trabajó Breuer en los inicios de la terapia psicoanalítica y posteriormente Freud. Para éste último las fantasías son barricadas levantadas para impedir el acceso de los recuerdos traumáticos (Freud, 1950). En las fantasías no es muy clara la diferencia entre lo real y lo fantasioso.

A diferencia de las fantasías, los sueños son un proceso más complejo y del cual siempre tenemos la certeza de que pertenecen a otro estado mental, el reposo. Para los sueños Freud desarrolló una técnica de interpretación que expuso en su texto *La interpretación de los sueños* en 1900a. Allí recopila teoría de otros autores acerca del tema de los sueños, nos muestra su propia convicción al respecto y nos ejemplifica por medio de historiales clínicos, el proceso que lleva a revelar el contenido de un sueño. Una de las hipótesis más fuertemente defendidas por Freud en este texto es la de que el sueño tiene como fin el cumplimiento de un deseo. Es este el punto nodal del capítulo, porque es aquí en el que la muerte hace su aparición. Se recogen y se presentan los contenidos ominosos

de los sueños y las fantasías y se muestra el vínculo que guardan con la experiencia psíquica de los sujetos en los que se manifiestan, destacando su lugar dentro de la particularidad de la patología que padezca cada uno de ellos.

El apartado se inicia con una mirada sobre las neurosis de transferencia -las histerias-, en las cuales encontramos vínculos con la realidad de la muerte. El tema ha estado presente en los casos de histéricos como Anna O. y el “pequeño Hans”, en neuróticos obsesivos como “el hombre de los lobos”, en los sueños de pacientes como “el hombre de las ratas” y en las fantasías de enfermas como Emmy Von N.

Los casos de neurosis que se abordan a lo largo del capítulo guardan una estrecha relación con el deseo de muerte. Vemos cómo en Anna O., el cuidado del padre y las noches en las que fue presa de la angustia ante la idea de que el progenitor falleciera, sirvieron para llevarla a desarrollar sus síntomas físicos. En el caso del pequeño Hans, el deseo de muerte hacía el padre es el origen de su zoofobia hacia los caballos, ya que el adulto se mostraba como el amenazante sujeto que coarta su placer.

El caso de Emmy Von N. presenta otra serie de experiencias con la muerte que son las que motivan en ella zoofobias, fantasías y el retorno de imágenes de su infancia que le producen las más severas acciones de horror y rechazo. Esta paciente ha sufrido varias pérdidas en su vida personal que la hacen considerar la idea de que alguno de sus más allegados pudiera morir de repente.

Cuando se habla en este apartado sobre Dostoievski, se aborda el tema del parricidio. El reproche inconsciente que despierta el deseo de muerte hacia su padre, es el causante de una neurosis fóbica. Los ataques que sufre el escritor son el producto de la realización de dicho deseo por causas ajenas a él.

Hacia el final del capítulo se discute acerca de la presencia de la muerte en los sueños. Freud sostiene en su texto *La interpretación de los sueños* (1900a) que el sueño es un cumplimiento de deseo, y aunque muchos de los contenidos oníricos sean ominosos, la técnica de la interpretación le permite a Freud respaldar su hipótesis.

Toda la sintomatología, el retorno de aquellos eventos que se encuentran reprimidos, lo movilizó en la transferencia y los sueños y fantasías, nos sirven de material para el tema que se aborda en el siguiente capítulo.

Para el segundo capítulo se ha tratado el tema de la muerte como un concepto para el psicoanálisis, más concretamente la *pulsión de muerte*. El término *pulsión* (*Trieb*) aparece en las obras de Freud a partir de 1905, en su texto *Tres Ensayos de Teoría Sexual*, aunque el principio energético aparece desde muy temprano en ellas. Contrario a lo que sucede con las pulsiones de vida que fueron definidas desde la primera teoría pulsional, que en un principio solamente estaban identificadas como pulsiones sexuales y que se caracterizan por la tendencia constante al desarrollo, a la conservación de las unidades vitales existentes y a su vez, a erigir unidades mayores a partir de éstas; las pulsiones de

muerte hacen su aparición en 1920 en el texto *Más allá del principio de placer* y vendrían no solamente a contrariar a las pulsiones de vida, que para esta segunda parte de la teoría pulsional agrupan las pulsiones sexuales y las de auto conservación, sino que también serían la mejor definición para el carácter repetitivo de la pulsión.

La pulsión de muerte es un tipo totalmente nuevo de pulsión y en este apartado del texto se expone el sentido que tiene el concepto desde Freud haciendo un recorrido por la evolución de su pensamiento; identificando los principios que le sirvieron de apoyo para definir un concepto que se opone a todo aquello que había trabajado respecto a la pulsión y que sigue siendo controversial entre los estudiosos de la teoría psicoanalítica freudiana.

Volver a lo inanimado destruyendo las complejas unidades vitales formadas por las pulsiones de vida buscando reducir completamente las tensiones del sistema anímico es el trabajo de las pulsiones de muerte. En su camino, las pulsiones de vida las interceptan para eludir al máximo su fin, y en ese proceso, las últimas derivan parte de la pulsión de muerte hacía el exterior, convirtiéndose en lo que conocemos como *pulsión destructiva*. Parte de la pulsión de muerte se pone al servicio de la función sexual en lo que se conoce como *sadismo*, en su más puro estado.

En 1905 con el texto *Tres ensayos de teoría sexual* Freud muestra la agresividad como un componente de la libido y de la sexualidad algo que posteriormente se le insinuó con el caso de Hans (1909), donde los impulsos hostiles seguían siendo parte de las

pulsiones sexuales. En *Pulsiones y destinos de pulsión* de 1915a, Freud coloca al sadismo y al odio en relación con las pulsiones del yo ya que los patrones verdaderos del odio no provienen de la vida sexual sino de la lucha del yo por conservarse. “El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras...” (1915a, p. 132)

Todo lo anterior sumado a la compulsión a la repetición, y los dualismos sadismo-masochismo y amor-odio le dan a Freud evidencia de la existencia de una pulsión de muerte que no encuentra lugar en el primer dualismo pulsional.

El último capítulo de este escrito presenta a la muerte en relación con lo social, reflejando una estrecha relación con la vida anímica de los seres humanos. A partir de 1914 y con la declaración de la Primera Guerra Mundial, Freud empezó a adelantar análisis psicológicos sobre diferentes textos de corte antropológico, sociológico, religioso, etc., aprovechando los hallazgos hechos a partir de los estudios de las neurosis. En textos como *Tótem y tabú* (1913c) y *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915b), Freud realiza un despliegue teórico acerca del origen de las prohibiciones tabú y su justificación, esta última solamente hallada en los arcaicos deseos del hombre y la explicación del actuar particular de la civilización frente a la realidad de la muerte. Respecto de la guerra y el proceder de los pueblos en ella, encontraremos desde Freud una interpretación muy particular en la que pretende señalarnos que todos esos hechos son la representación de una vida psíquica que se escapa a las barreras impuestas por la civilización.

El tabú es la prohibición de un deseo arcaico que se representa bajo la sombra de lo demoniaco. La muerte forma parte de las prácticas tabú de los pueblos primitivos y alrededor de ella, se han establecido normas que van desde el trato que debe dársele a los cadáveres, pasando por el trato que debe recibir la familia del difunto hasta llegar al trato para los muertos enemigos.

Una ambivalencia de sentimientos mediatiza la pérdida de un ser querido. Por un lado está el amor tierno que motiva el duelo que se adelanta frente a la pérdida y por el otro, está toda la hostilidad que por proyección, es desplegada sobre el occiso. Es este investimento de agresividad el que posteriormente transforma al difunto en un demonio, que quiere regresar al mundo a vengarse por su desdichada privación de la vida.

La cultura, la religión, la educación, etc., pueden construir muros alrededor de las mociones pulsionales arcaicas, levantando la ética que nos mantiene alejados del actuar como el hombre primitivo, pero acciones como las grandes guerras le demuestran a Freud que cuando los requerimientos éticos ceden ante las demandas pulsionales podemos llegar a actuar exactamente como los hombres arcaicos.

Nuestro inconsciente no cree en la muerte asegura Freud y nos comportamos frente a ella como si fuéramos inmortales. La experiencia de perder a un ser querido nos hace considerar que tal idea no es cierta y entonces llegamos a temer por nuestra propia vida. El dolor por la pérdida de un ser amado convive al lado de la satisfacción sentida por la

recuperación de ese pedazo del yo que era ajeno en el difunto. El amado es también un enemigo que despierta en nosotros los más intensos sentimientos hostiles.

La culpa que se ha ido cosechando a través de la historia por la muerte de tantas personas ha ido creando un sentimiento tan fuerte que ha dado lugar a la conceptualización del *pecado original* utilizado por la religión para darle tranquilidad a los hombres a través de la redención. El asesinato del padre primordial es un delito que ha de hallar su perdón con la muerte de un hijo, representante de toda la humanidad, como lo propone el cristianismo.

La literatura como representante del pensamiento humano no puede permanecer ajena a toda la dinámica expuesta hasta aquí, y Freud nos ofrece el análisis de dos historias de Shakespeare: *El mercader de Venecia* (1600) y *El rey Lear* (1606), que se contrastan con cuentos tradicionales de los hermanos Grimm y con las historias mitológicas de *Las Moiras*.

Los hombres debimos dominar a la muerte, debimos transformarla desde un destino inevitable hacia una opción.

Algunos antecedentes sobre el tema

Como hemos indicado, el concepto pulsión de muerte ha sido controversial dentro de la teoría psicoanalítica y como tal, no sólo él sino otros aspectos relacionados con la muerte, han sido objetivo de otras investigaciones. Nos remitimos a continuación a otros abordajes sobre la idea de la muerte en la obra de Sigmund Freud, y presentamos las reflexiones desarrolladas por diversos investigadores que se han interesado por el concepto de pulsión de muerte. Es innegable el valor, al menos desde el punto de vista teórico, que encierra éste.

En un trabajo investigativo adelantado por Gabriela Castro titulado, *Pulsión de muerte: Nostalgia por la armonía perdida* (2011), la autora busca conocer el significado y las características de la pulsión de muerte desde la teoría psicoanalítica. Como se presenta en el segundo capítulo de este trabajo monográfico, la idea de una pulsión de muerte siempre ha sido controversial para el mundo psicoanalítico. No olvidemos que su autor empezó a construirlo considerándolo en primera medida como una hipótesis que sólo posteriormente tomó un valor tal, que ya se le hizo imposible dejar de pensar en su veracidad (Freud, 1920). Pero para autoras como Hanna Segal, el concepto *pulsión de muerte*, es imprescindible en el trabajo clínico:

Se objeta a menudo al concepto de instinto de muerte el hecho de que ignore el ambiente. Esta observación es absolutamente errónea, ya que la fusión y las modulaciones de las pulsiones de vida y muerte que habrán de determinar el

desarrollo eventual forman parte de las relaciones que se desarrollan con el primer objeto; y evidentemente el proceso será profundamente afectado por la naturaleza real del ambiente. Lo que anhelo es poder demostrar que, para mí, el concepto de muerte es indispensable en el trabajo clínico. Más allá del principio del placer, más allá de la ambivalencia, de la agresividad, de la persecución, de los celos, de la envidia, etc., hay un empuje constante de fuerzas destructivas de sí y es al analista a quien corresponde hacerles frente. (Segal, 1984, citada en Castro, 2011, p. 34).

Para André Green (citado en Castro, 2011), es necesario hacer una distinción para el concepto de *pulsión de muerte*, trazando una línea que divida lo que Freud quiso designar y significar al definirlo y utilizarlo; y la interpretación actual que tiene el término a partir de la experiencia psicoanalítica. Para Green, la existencia de los dos grandes grupos de pulsiones –pulsiones de vida y pulsiones de muerte–, sigue siendo indispensable para explicar el funcionamiento psíquico.

Para Castro (2011), es importante conocer el accionar de la pulsión de muerte a fin de tener las herramientas necesarias para dilucidar su manifestación en la vida psíquica. A manera de ejemplo, desde esta autora entendemos que el temor que pueda expresar conscientemente un sujeto, en el inconsciente puede estar manifestado como un anhelo que podría ser entendido como la aspiración al cese del sufrimiento y la angustia. La pulsión de muerte creará caminos –llamados por Castro “formas de muerte”–, constantemente, para

garantizar el regreso a un estado de calma experimentado con anterioridad. Es la búsqueda, desde la visión de la autora en cuestión, de una armonía perdida.

De acuerdo con Juan Carlos Consentino (1999), el concepto de pulsión de muerte viene a enmarcar aquello que se encuentra *más allá del principio de placer* y contradice a dicha ley. Lo interesante de la propuesta de éste autor, es que a partir de la idea de Lacan de la proyección de la pulsión de muerte por parte de Freud sobre un plano, que aparentemente es biológico, nos muestra que el pensamiento freudiano se ubica en otro plano en el cual el principio de homeostasis que rige al organismo cambia de registro. “Dicha memoria freudiana introduce una nueva perspectiva del placer que quiebra el arco de la homeostasis del organismo e impone al aparato el placer de desear que se sostiene en la tensión del deseo” (Consentino, 1999, p. 99).

En el artículo de Juan Vives Rocabert titulado *De la pulsión sexual a la pulsión de vida (Eros) en la obra de Freud* (2002), el autor asegura que la nueva teoría pulsional propuesta a partir de *Más allá del principio de placer* (1920) representa un giro en la teoría de Freud, porque en la primera teoría pulsional la meta primordial de las pulsiones era “la descarga de la tensión y la recuperación del equilibrio anterior” (Vives, 2002). En la segunda teoría pulsional, las pulsiones de vida pugnan por la unión y la ligazón de lo que antes estaba separado, y en contraste con esto, las pulsiones de muerte luchan por destruir y separar. En el análisis que hace Juan Vives de las pulsiones, al estudiar la relación que guardan las pulsiones de vida y las de muerte dice:

...si la pulsión erótica trabaja de acuerdo con las metas últimas de la pulsión de muerte y viene a ser su más fiel servidor, ¿por qué, entonces, no conceptualizar al Eros como una de las manifestaciones de la pulsión de muerte, ya que todo el tiempo está llevando agua a su molino? ¿Por qué hablar de dos pulsiones, si una –la llamada pulsión de vida- es un "caso especial" o manifestación de la pulsión de muerte? ¿No desemboca esto en un monismo en el que, en estricto sentido, sólo existiría una pulsión: la de muerte?" (Vives, 2002).

Se nos revelan a través de estas preguntas los motivos que tienen muchos teóricos para poner en duda la existencia de una pulsión de muerte más allá de lo oportuno que se presente su teorización. Si seguimos teniendo en cuenta lo expresado por Vives en su artículo, encontraremos que desde su punto de vista, Freud es recurrente a través de sus obras, en el hecho de conservar dos líneas de pensamiento que en apariencia son excluyentes pero que se conservan la una al lado de la otra. Para asegurar esto se basa en dos momentos expositivos del padre del psicoanálisis acerca de la tendencia de la pulsión. En un primer momento, la tendencia general de la pulsión es a la descarga total pero que se ve frenada por la acción de las pulsiones de autoconservación, ya que si eso llegara a pasar, significaría la muerte del organismo. "Se instaura así el principio del placer en vez del principio de Nirvana." (Vives, 2002).

En un segundo momento -asegura Vives-, Freud también asume que la pulsión de vida no pugna por la descarga total sino que tiende a complejizar cada vez más las unidades vitales a través de la organización y la estructuración de lo vivo, en unidades cada vez más

numerosas y más complejas. Lo que produce placer ahora es la ligazón de energía por parte del yo. Cuando la energía no es ligada, se produce el displacer. Cuanta más energía permanezca sin ligarse, mayor será el placer experimentado.

De acuerdo con María Nadeja Pereira Barnosa en su tesis de doctorado titulada *El concepto de pulsión en la obra de Freud* (2001), analizar el concepto de pulsión de muerte exige contextualizar el momento histórico de la obra de Freud en la que hace su aparición. *Más allá del principio de placer* (1920) es una obra que nace a partir de la experiencia del padre del psicoanálisis con la muerte durante el periodo de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). La vinculación de sus hijos a las fuerzas en combate, la participación de algunos de sus discípulos en el campo de batalla como médicos y el horror del actuar humano, fueron puntos clave que motivaron el análisis de Freud acerca de la muerte. Quizás el punto más decepcionante para él fue la utilización del saber científico, como un instrumento para sojuzgar al enemigo. “Ante esta constelación, el resultado no es más que una rotunda decepción y la necesidad imperativa de acercarse más al enigma de la muerte. Enigma que conduce a la reflexión sobre el lugar mismo que la muerte ha ocupado en su vida y en su obra.” (Pereira, 2001, p. 340).

El trabajo de Freud al respecto de todo este acontecer social no se limitó a una posición de comentarista, sino que trascendió a relacionar temas nacidos de sus prácticas clínicas desde 1910, con la realidad de la época. Ya habíamos mencionado que la falta de claridad en algunos enunciados teóricos y clínicos, motivaron la propuesta de una segunda teoría pulsional.

Particularmente la compulsión de repetición representa un giro desde el punto de vista psicoanalítico. “Freud eleva a rango de concepto los hechos de repetición observados en la clínica y establece una relación dialéctica entre repetición y rememoración.” (Pereira, 2001, p. 343). Los síntomas entonces, no son episodios determinados por la historia sino una especie de poderes actuales. Son un pasado que se hace actual. El impulso a recordar es sustituido por la compulsión de repetición.

Siguiendo la exposición de María N. Pereira (2001), se hace necesario citar a autores como Jean Laplanche y André Green, para “...buscar, al menos, soluciones ancladas en un basamento conceptual sólido para superar toda polémica surgida alrededor de este concepto, desde su introducción en 1920.” (p. 408). Laplanche y Green expusieron sus ideas acerca del concepto de pulsión de muerte en el simposio organizado para hablar sobre tal idea, y adelantado en Marsella en el mes de Marzo de 1984.

María N. Pereira sostiene desde lo expuesto por Laplanche, que éste último piensa que no existe una tendencia no sexual a la destrucción. Para el psicoanalista francés las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte, se encuentran atravesadas por la sexualidad. Para sostener esto, parte de “la idea según la cual toda pulsión es sexual por excelencia” (Pereira, 2001, p. 409).

Respecto a Green, en el mismo texto de 2001, Pereira asegura que para él lo importante es la *función objetalizante* que a través de la investidura significativa, logra

transformar las estructuras en objetos y darles las cualidades, atributos y propiedades inherentes a ellos.

La pulsión de muerte, a su vez, cumpliría la función desobjetalizante (*fonction désobjectalizante*) mediante desligadura, en la que están comprometidas no sólo las relaciones con el objeto sino sus sustituciones: el yo y la investidura misma que sufre el proceso de objetalización, lo que lleva a Green a (1986: 74) postular un narcisismo negativo (*narcisismo negatif*). (Pereira, 2001, p. 412)

Para Melanie Klein (citada en Pereira, 2001), el carácter de la pulsión de muerte le sirvió de sustento teórico para explicar manifestaciones como “el sadismo infantil, la persecución, la paranoia y la envidia en consonancia con el desarrollo de la libido, así como la cualidad específica de la angustia y de la culpa en la posición depresiva.” (p. 412). De acuerdo con María Pereira, para Melanie Klein las pulsiones toman al niño originalmente como objeto, y para el caso de la pulsión de muerte, como objeto de destrucción. Como mecanismo de defensa ante las acciones destructivas, la libido narcisista proyecta esa pulsión de muerte hacia un objeto exterior.

De modo que la primera defensa ante esa ansiedad persecutoria (por el temor que conlleva la amenaza de aniquilación, acción misma de los instintos de muerte) es la escisión (*Spaltung*) entre instinto de muerte e instinto de vida y la proyección (*Projektion*) de ambos sobre la representación fantasmática del pecho malo y del pecho bueno, respectivamente. (Pereira, 2001, p. 413).

En contraste con la propuesta teórica de Freud alrededor de la pulsión de muerte, para la cual no vislumbraba un vínculo representativo y no tenía posibilidad de simbolización, la autora María Pereira asegura que Melanie Klein logra quitarle el carácter especulativo al concepto, gracias al supuesto de que los objetos internos, que se ubican en un mundo fantasmático, atacarían al yo a partir de figuras del mundo exterior.

De Pereira (2001), podemos destacar además, su propuesta de que la pulsión de muerte representa también a la sexualidad y -en su consideración-, en una forma más radical. Para ella, la compulsión de repetición puede ser considerada como un referente también para las pulsiones de vida.

En un trabajo de Gabriel Ianni titulado *Duelo y parricidio. Una contribución clínica a la problemática del duelo en la infancia* (2009), el psicoanalista plantea consideraciones acerca de la especificidad del duelo en la infancia, y a manera de interés por el sentimiento de duelo ante el parricidio –al menos en la fantasía–, buscamos obtener visiones diversas al respecto del tema que ocupó un lugar en la teoría de Freud.

Sophie de Mijolla-Mellor, citada por Ianni (2009) en su trabajo, parece proponer la idea de que el sujeto infantil puede crear una teoría sexual sádica, en la cual la muerte sufrida por un ser amado, como el padre, obedece a un deseo que puede ser imputado a otro. “La construcción de estas teorías contribuye a limitar lo irrepresentable de la muerte; al equiparar morir con matar el niño logra acotar el carácter de lo irrepresentable.” (p. 2).

Por otra parte para Marc Bonnet, citado por Ianni (2009), la muerte del padre es considerada por el niño no como un cese previsible de la vida, sino como un hecho provocado y que puede ser traducido en un asesinato.

Freud habló de la identificación del yo con los objetos y postuló la vía por la que esa identificación era tramitada. Ianni (2009) cita a Freud con su texto de 1923, *El yo y el ello* en el que se plantea la institución del objeto dentro del yo, objeto que en este caso es el padre, lo que para Ianni, puede facilitar en el niño la resignación –pérdida-, del objeto. Lo que nos señala posteriormente Ianni es que en *Duelo y melancolía* (1917), Freud plantea la existencia de un objeto interno que ha sido incorporado. Es esto lo que sobrevive en el yo ante la pérdida en la realidad. Sigue existiendo en el mundo del sujeto pero siendo más que una mera representación.

Es interesante esta revisión del duelo en el niño, porque de acuerdo con Freud, en sus análisis de sujetos neuróticos adultos, al indagarse sobre el determinismo de sus síntomas, es habitual que deba hacerse un retorno a la infancia de dicho sujeto.

En un análisis a los aportes de la obra de Melanie Klein expuesto en una página interactiva sobre la infancia (<http://www.eljuegoinfantil.com>), sostienen que para la psicoanalista inglesa las pulsiones de muerte se manifiestan tempranamente en la vida anímica del sujeto, mucho antes de lo considerado por Freud. Para Klein el yo y el superyó existen de forma rudimentaria desde el comienzo de la vida. Ante la manifestación de la pulsión de vida y su empuje a la desintegración del yo, éste debe defenderse derivándola

parcialmente hacia afuera del aparato psíquico, en agresividad parcial. Aseguran en el artículo electrónico que los principales mecanismos de defensa postulados por Klein y que son utilizados por el yo durante esta época rudimentaria de su desarrollo son: la proyección, la introyección y la escisión. Para Melanie Klein el funcionamiento psíquico que se establece durante los primeros seis meses de vida, recibe el nombre de *posición esquizoparanoide*.

Durante ésta etapa, el bebé sostiene relaciones con objetos parciales, la mayoría de los cuales son productos de la fantasía. A través del mecanismo de la escisión, el bebé separa lo bueno de un objeto, de lo malo del mismo. Es decir, aunque ambas cualidades pueden partir de un mismo objeto –la madre-, el bebé los experimenta como si provinieran de objetos diferentes. *"la posición esquizo-paranoide se caracteriza por el hecho de que el bebé no reconoce personas, sino que se relaciona con objetos parciales, y por el predominio de la ansiedad paranoide y de procesos de escisión"* (Segal, 1964, citada en Aportes de Melanie Klein al enfoque freudiano).

En una etapa posterior, el bebé empieza su relación con objetos totales. La madre entonces es fuente de lo bueno entendido como lo gratificante; y de lo malo, entendido como la frustración o la privación. A ésta etapa la han denominado *posición depresiva*. Lo que nos explica el artículo es que en esta etapa, el bebé experimenta una cierta ambivalencia al sentir que la fuente de su gratificación es también la fuente de su frustración. La ansiedad que siente el bebé se debe a que sus impulsos hostiles y destructivos, están dirigidos contra el objeto del cual depende totalmente. Anteriormente

estos mismos impulsos eran dirigidos contra un *objeto malo* en la fantasía. La depresión y la culpa se manifiestan ante el sentimiento fantástico de que la madre puede ser dañada por el pequeño sujeto.

Por otra parte, en un artículo publicado en el No. 185 de la revista *Informaciones Psiquiátricas* en el año 2006 y titulado *Psicodinámica del episodio melancólico agudo: La teoría clásica de Abraham*, Miguel Ferrández, su autor, recopila el pensamiento de Karl Abraham alrededor del tema de la depresión. Generalizando el documento sobre las ideas de Abraham, éste asegura que la depresión neurótica y la depresión psicótica se diferencian en que la segunda se deriva “de una actitud de la libido en la cual predomina el odio” (citado en Ferrández, 2006). Por medio de la proyección, ese odio es dirigido primero contra las personas más allegadas y posteriormente, se generaliza sobre todo el mundo.

Abraham sostiene que la percepción interna que tiene el paciente sobre ese odio le origina sentimientos de insuficiencia que favorecen la formación de estados depresivos (citado en Ferrández, 2006). El trasfondo de este sentimiento de odio es según el psicoanalista alemán el resultado de un sadismo reprimido imperfectamente. Sin embargo, mediante el desplazamiento, el paciente busca explicación a su sentimiento y lo halla en supuestos defectos psíquicos y físicos. Esto explica su estado depresivo y le sirve de justificante para sus deseos de venganza. La culpa asalta al enfermo por estos deseos y ella surge de acuerdo con Abraham por “la *supresión* de esos frecuentes impulsos de odio y venganza” (citado en Ferrández, 2006).

En su trabajo de 1916, *El primer estadio pregenital de la libido*, Abraham asegura que el melancólico sufre una regresión a la etapa oral del desarrollo psicosexual, descrita por Freud. El enfermo desea incorporar al objeto sexual y “En lo profundo de su inconsciente hay una tendencia a devorar y destruir a su *objeto*».” (Abraham, 1916, citado en Ferrández, 2006).

Todas las investigaciones revisadas anteriormente nos dan varios abordajes sobre el concepto *pulsión de muerte*. Podemos hacernos a una idea de la importancia que ha tenido tal noción dentro de la teoría psicoanalítica y en la práctica clínica. La concepción del concepto está influenciada como hemos visto por ideas de otros psicoanalistas como Karl Abraham y le sirvió de apoyo, para el desarrollo de posteriores propuestas teóricas, a Melanie Klein, André Green, Laplanche, Lacan, entre otros.

No encontramos algún otro trabajo en el cual la muerte haya sido abordada de la forma en que este trabajo lo ha hecho. La muerte ocupa dentro de la vida psíquica un lugar más amplio que el que propone la pulsión de muerte. Va más allá del empuje que supone ésta, y alcanza hasta los mecanismos sociales. Esta monografía no pretende quitarle la importancia que tiene el concepto dentro de la teoría psicoanalítica, pero busca revelar la mirada más amplia que le concede Freud a la idea de la muerte.

En los análisis de los primeros casos manejados por Freud: las histerias, las fobias y las neurosis obsesivas; podemos ver que la muerte suele aparecer como un anhelo inconsciente que puede ser interpretado como una aspiración al cese del sufrimiento y la

angustia. Aparece el deseo como una presión que sostiene al gozo de desear y que representa la perspectiva verdadera de estar más allá del principio de placer.

Resaltamos la visión del sujeto infantil que plantean autores como Melanie Klein, Sophie de Mijolla-Mellor y Marc Bonnet. Para ellos el infante experimenta la muerte de un ser querido y el empuje de la pulsión de muerte de una forma que Freud no logró exponer en sus obras. Nos confirman la angustia que el tema despierta en los pequeños y lo irrepresentable de la idea en ellos. Todo esto solamente es librado a través de la representación psíquica que elabora el niño y que en casos muy puntuales, suele no elaborarse de la mejor forma, lo que nos entrega a un adulto sumido generalmente en melancolías o con el desarrollo de afecciones nerviosas.

CAPÍTULO I

LA MUERTE, FANTASÍAS Y SUEÑOS EN LA NEUROSIS

Este capítulo hace un recorrido por el tema de las neurosis histéricas, obsesivas y fóbicas, enfocándose especialmente en las fantasías y los sueños propios de ellas. El tema del deseo de muerte hacia un ser cercano y querido también es desarrollado en este apartado y se presenta el sentimiento de culpa como el ocasionador de los más duros reproches hacia el deudo y el origen de la angustia de muerte.

Se parte de la descripción de la neurosis como patología nerviosa, se describe el fenómeno del trauma psíquico y posteriormente la discusión se dirige hacia el contenido de la muerte en la vida anímica, el material onírico y fantasioso de los pacientes cuyos casos se exponen aquí: Anna O., Emmy Von N., Dostoievski, Elisabeth von R., el pequeño Hans, el hombre de las ratas y el hombre de los lobos. Llegamos de esta forma, a la teoría de Freud acerca del parricidio como el crimen más antiguo de la humanidad y la ambivalencia de sentimientos que rodea la relación padre-hijo.

Fantasías y muerte

Introducimos en el tema de la muerte dentro del psicoanálisis nos remite primeramente a los sucesos relacionados con las neurosis de quienes sabemos tienen su etiología en un conflicto entre el deseo y la defensa. Como afección psicógena conservan todo un conjunto de síntomas que las hacen diferenciables de otros padecimientos además del acompañamiento de ciertos fenómenos como las fantasías y los sueños.

La muerte además de una realidad palpable a través de la pérdida de un ser querido es también un “fantasma” que se manifiesta de formas diversas en el acontecer psíquico de los sujetos, especialmente de los neuróticos. Puede convertirse en un trauma al sobrepasar los umbrales de tolerancia del individuo.

La histeria como un tipo de neurosis, tiene un componente hereditario según señala Freud en *Histeria* de 1888 además de que ciertos otros factores accidentales, tales como “...educación afeminadora (histeria en hijos únicos), despertar prematuro de la actividad intelectual en niños, excitaciones frecuentes y violentas.” (p. 55) refuerzan el desarrollo de la afección.

Considerando experiencias recopiladas de algunos casos documentados por Freud en el texto de 1888, entendemos que se establecen nexos simbólicos con el evento traumático que a su vez, influyen en la creación de los síntomas que acompañan el padecer histérico. Dichos nexos mantienen latente a la histeria y sobreviven durante años. Su

procedencia se ubica en los recuerdos infantiles y su fuerza radica en la carga afectiva que está asociada a ellos y que no decrece en tanto éstos no han sufrido la debida abreacción, por la incapacidad que representa para el individuo reaccionar lógicamente a un evento traumático (Breuer & Freud, 1895). Para el neurótico es difícil someter a dicho proceso su trauma porque éste permanece inconsciente y no puede ser recordado normalmente. “Cabe decir, pues, que *las representaciones devenidas patógenas se conservan tan frescas y con tanto vigor afectivo porque les es denegado el desgaste normal por abreacción y por reproducción en estados de asociación desinhibida.*” (Breuer & Freud, 1895, p. 37). El trauma psíquico histérico nace a partir de la incapacidad de reacción del individuo frente al evento.

Además de los síntomas, las neurosis presentan otro fenómeno que es característico de ellas y que pertenece al mismo nivel de inconsciencia que las asociaciones del trauma; las fantasías. Las fantasías fueron el punto sobre el cual trabajó Breuer con su “*talking cure*”, en la búsqueda por el restablecimiento del equilibrio psíquico de su paciente Anna O.

Su estado moral era una función del tiempo transcurrido desde la última declaración, porque cada producto espontáneo de su fantasía y cada episodio concebido por la parte enferma de su psique seguían obrando como estímulos psíquicos hasta que eran relatados en la hipnosis, lo cual eliminaba por completo su eficacia. (Breuer & Freud, 1895, p. 56)

El papel de las fantasías en la histeria fue comunicado inicialmente por Freud en una carta dirigida a su amigo Fliess en 1897. Allí el remitente diría que “...las fantasías son unos parapetos psíquicos edificados para bloquear el acceso a esos recuerdos.” (1950, p. 289). De acuerdo con Freud, las fantasías estaban construidas con material que ha sido vivido y que se suma a lo oído de la historia familiar y de los antepasados y complementado con lo visto por el neurótico. Una diferencia entre las fantasías y los sueños era referida por el autor así: “Ellas [las fantasías] son a lo oído como los sueños son a lo visto. En el sueño no se oye nada, sino que se ve.” (Freud, 1950, p. 289).

Ya en *La novela familiar de los neuróticos* (1909a) Freud aseguraba: “Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora...” (p. 218). En un principio dicha actividad fantaseadora se muestra a través del juego del infante, pero posteriormente, aproximadamente durante la pubertad, se enfoca en las relaciones familiares. La denominada novela familiar es una etapa que sigue a la enajenación contra los padres después de la rivalidad sexual y el fracaso de su cometido. Las fantasías sirven al cumplimiento de deseos y según Freud “...conocen dos metas principales: la erótica y la de la ambición (tras la cual, empero, las más de las veces se esconde la erótica).” (1909a, p. 218).

Hallamos diversas referencias sobre la muerte en varios casos de neuróticos documentados por Freud a través de sus obras. Podemos ver a la muerte como una situación inevitable que en ciertos casos como el de Anna O. incluido en el texto *Estudios sobre la*

histeria (1895) es un agravante para un estado nervioso como la histeria. De acuerdo con lo relatado por Breuer esta paciente era de inteligencia sobresaliente, vitalidad desbordante y con el elemento sexual no desarrollado. Ella cuidaba de su padre cuando contrajo su histeria. La muchacha tenía 21 años cuando comenzó su patología y entre sus actividades nos llama la atención lo que ella misma denominaba su “teatro privado”, descrito por el autor como: “el soñar diurno”. “Mientras todos la creían presente, revivía en su espíritu unos cuentos: si la llamaban, estaba siempre alerta, de suerte que nadie sospechaba aquello.” (Freud, p. 46).

El padre de Anna O. contrajo un absceso de peripleuritis que posteriormente le produjo la muerte. Los primeros meses de la enfermedad del hombre, la paciente lo cuidó con esmero y dedicación quizás no solamente por el amor que le tenía sino porque dicha asistencia le servía para satisfacer una intensa pulsión, según el analista (Breuer, J & Freud, S., 1895). La muerte del padre de Anna fue descrito por el Breuer como “...el más grave trauma psíquico que pudiera afectarla.” (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 51) y la relación que ella sostenía con su progenitor se describe como particularmente especial, algo semejante a la idolatría lo que nos permite entender mucho mejor el significado que tiene ésta pérdida para ella y su enfermedad. Las primeras consecuencias del deceso del padre se hallan en los síntomas de la histeria que se agudizaron e incluso, aparecieron algunos nuevos.

Al respecto nos llama la atención el desarrollo de episodios de angustia de los que en un principio no conocemos su origen. Variados símbolos que hacen referencia a la

muerte como calaveras, esqueletos y otras figuras terroríficas empezaron a formar parte del contenido alucinatorio de Anna O. y su estado psíquico siguió en declive a tal punto que impulsos suicidas se apoderaron de ella obligándola a cambiar de domicilio para su seguridad. Revisando detalladamente el historial de esta paciente de Breuer, nos topamos con el hecho de que la angustia que sufre tiene su origen en los tiempos de cuidados que le prodigaba a su padre quién yacía en la cama enfermo, y entendemos entonces que el principio de tal angustia era la posibilidad de que su padre falleciera como al final sucedió. Este hecho fue el punto de partida para varios de los relatos que la paciente construía y que el analista comparó por su estructura con “*Bilderbuch ohne Bilder*” de Andersen (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 54) y que se hicieron más trágicos después de la pérdida del papá. Nos dice Breuer: “...las más de las veces, su punto de partida o su argumento era la situación de una muchacha sentada ante el lecho de un enfermo y presa de angustia...” (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 54).

El caso de Anna O. nos ofrece ciertos indicios acerca de lo traumático que puede llegar a ser la pérdida de un ser querido como el padre. Considerando que en la paciente se conjugaron una cierta predisposición al desarrollo de la neurosis y la actividad fantaseadora, que en un principio formaba parte de sus cualidades y que posteriormente se convirtió en un síntoma de su enfermedad, además del padecimiento y cuidado de su padre. Nos llama la atención la modificación del contenido de sus historias (fantasme) y de sus alucinaciones y la ulterior aparición de conductas suicidas que de acuerdo con Freud, se encuentran relacionadas con un deseo.

Basado en el tratamiento y el método desarrollado por Breuer con Anna O., Freud toma el caso de la señora Emmy von N. de 40 años. Este historial muestra además de los síntomas característicos de una neurosis histérica, una serie de zoofobias y eventos desafortunados entre los que se incluyen un par de hijas afectadas mentalmente y la muerte de su esposo.

Como singularidad del historial de esta paciente encontramos que en ciertas ocasiones dibuja sobre su rostro rasgos de horror y asco que son acompañados por las frases: “¡Quédese quieto! ¡No hable! ¡No me toque!” (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 72) que le sirven a la histérica como mecanismo de defensa ante la presencia de algún extraño.

Siendo una mujer de buena posición social y viuda, madre de dos enfermizas jovencitas, Emmy von N. presenta los síntomas típicos de la histeria como parálisis físicas y estados alterados de pensamiento y acción. Las fantasías están presentes en este caso también y ellas mantienen un vínculo con el tema de la muerte. La primera referencia que nos entrega Freud se da una mañana del 8 de Mayo cuando el terapeuta hablaba con la paciente sobre terroríficas historias de animales. Había leído ella en el *Frankfurter Zeitung* (un periódico alemán) “...que cierto aprendiz de taller ató a un muchacho y le metió en la boca un ratón blanco; el muchacho se murió de terror.” (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 74). Freud corrobora posteriormente en el mismo periódico que si bien hubo maltrato contra un escolar, nunca se hizo con ratones. La fantasía del ratón en la historia de Emmy parte del comentario que le hizo el doctor K. sobre el envío de una caja llena de esos roedores a

Tiflis pero el temor hacia animales como los ratones y los gestos de horror que acompañan estas fantasías provienen según la paciente de sucesos infantiles:

Primero a los cinco años: mis hermanitos solían arrojarme animales muertos. Entonces tuve el primer ataque de desmayo con convulsiones, pero mi tía dijo que eso era abominable, una no podía tener tales ataques, y ellos cesaron. Después a los siete años, cuando de improviso vi a mi hermana en el sarcófago; luego a los ocho, cuando mi hermano me asustaba envuelto en una sábana como un fantasma; y también a los nueve años, cuando vi a mi tía en el sarcófago y de pronto se le cayó la mandíbula inferior. (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 75).

Esta colección de sucesos sirvió para que se consolidaran en ella las fobias hacia los animales que a través de varios episodios de su vida le produjeron las más intensas representaciones que se hacían tan vívidas que producían en ella fuertes reacciones de estupor y angustia. Dice Freud que “en este grupo el papel principal lo desempeña el miedo primario, por así decir instintivo {*instinkliv*}, que se considera como un estigma psíquico.” (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 106). Estas experiencias sirven de material para construir las fantasías que agobian a Emmy y de las fobias entendemos desde Freud, que son el sustituto de un conflicto reprimido en el inconsciente.

La relación de esta paciente con la muerte no se limita solamente a los animales; a sus diecinueve años ella encontró a su madre muerta, con el rostro deformado luego de padecer

a causa de un ataque de apoplejía cuatro años antes. Las pérdidas y más allá, la forma cómo se encuentra con los cadáveres, van dándole complejidad al padecimiento de Emmy. Hallamos diversos episodios de angustia: Angustia ante nuevas situaciones justificada por Freud a partir de la pérdida tan repentina de su esposo (Breuer, J & Freud, S., 1895); angustia frente a los manicomios por las tristes experiencias de sus familiares con estos lugares sumado a lo que el autor considera como un horror primario, el temor del cuerdo frente al demente y “como en todo neurótico, de caer presa de la locura” (p. 58); angustia por sueños terroríficos con animales y angustia de muerte al ser enterrada viva, esta última por negarse a creer que su esposo había muerto y esto según Freud por “la incapacidad de avenirse al repentino cese de la comunidad con el ser amado.” (p. 58). Incluso, la angustia la llevó a desarrollar un tic en la voz que nace cuando debe cuidar a su hija menor que se encontraba enferma y quería guardar silencio; el tic se repite cada vez que la angustia la asalta de nuevo.

En la *hipnosis* indica que en ocasiones tiene todavía representaciones angustiantes, como que a sus hijas pudiera sucederles algo, podrían enfermar o no quedar con vida; el hermano de ella, que ahora está en viaje de bodas, podría sufrir un accidente, morir la mujer de él; es que todos sus hermanos y hermanas han tenido vida matrimonial breve. (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 92)

Parece apenas normal por las pérdidas que ha sufrido Emmy, que sienta cierta angustia frente al porvenir de sus seres más queridos, ya que muchos de ellos han muerto

por diversas causas pero, el estado anímico de la paciente sobredimensiona este temor y la introduce en situaciones en apariencia ilógicas.

Los episodios de angustia también están acompañados por sueños calificados como crueles: "...debía adornar muchos cadáveres y depositarlos en el sarcófago, pero nunca quería cerrar la tapa." (Breuer, J & Freud, S., 1895, p. 94). Estas angustias y sueños de las que son víctimas las histéricas encuentran su fuerza en un evento que a partir de la represión se ha vuelto patógeno. Un buen ejemplo es el caso expuesto por Freud de una mujer de 38 años que sufre de neurosis de angustia. El autor en su labor de terapeuta necesita comprender la razón de su padecimiento y remonta a la paciente 21 años atrás cuando sufrió su primer ataque de vértigo con angustia y la sensación de desmayo. Ese primer ataque guarda relación con la muerte de una frecuentada amiga de esta paciente, muerte que coincide con la de otra joven en la misma ciudad. El vértigo la hizo temer por su propia vida al tener en cuenta los dos sucesos anteriores. Por la época de la muerte de su amiga se celebraba un baile al que ésta paciente asistió. Aquí se halla el evento adecuado para llevar a cabo la represión de la pérdida. "(Adviértase en este punto la represión deliberada que desaloja de la conciencia el recuerdo de la amiga, volviéndolo patógeno.)" (Freud, 1895, p. 130).

De todas las pérdidas que sufrió Emmy la que más relevancia tiene para ella es la de su esposo quien tiempo después de sufrir un espasmo en el corazón, cayó muerto frente a ella mientras estaba en el puerperio de su hija menor. Con referencia a la pequeña, en el relato de la paciente se expresan sentimientos de rechazo para ella, "porque siempre se

decía que habría podido cuidar a su marido hasta que sanase de no haber guardado cama a causa de ella.” (Freud, 1895, p. 84).

Los dos casos presentados hasta el momento tienen en común el hecho de que ambas pacientes cuidaron a personas muy cercanas durante un periodo de enfermedad y que ambas, perdieron a una persona con la que mantenían un vínculo muy estrecho. Para ambas mujeres, la muerte de esas personas significó el inicio de su patología histérica. Un caso adicional en el que la muerte de un ser querido se representa, al menos inconscientemente, como una oportunidad para obtener algo que se desea, puede ser citado. El caso es el de la señorita Elisabeth von R., una joven para quien el caminar se había convertido en un martirio debido a un fuerte dolor en la cara anterior del muslo derecho.

Elisabeth se encontraba fuertemente apegada a su padre y durante el tiempo de cuidado que le dedicó empezó su afección, aunque solamente se manifestó dos años después de la muerte del progenitor. Esta ausencia significó para la joven la pérdida del gozo, un aislamiento social y una desdicha familiar que quiso remediar prontamente, rodeando a la madre que sufría por un problema ocular. Sus dos hermanas eran casadas y una de ellas había quedado en embarazo por segunda vez aún en contra de las indicaciones médicas y murió por un problema cardíaco. Este nuevo episodio de pérdida lanzó por el suelo todas las esperanzas de Elisabeth por restaurar la alegría en su hogar.

Hubo un tiempo en el que la paciente fue pretendida por un amigo pero una noche que lo acompañó a una fiesta su padre empeoró en su estado de salud y este evento la llevó

a hacerse fuertes reproches, a no separarse de su padre nunca más y a abandonar aquella amistad. Es una mujer que ve cómo la armonía de su hogar se ha perdido y que ha debido renunciar al amor. En el conflicto de la defensa se encuentra un deseo inconciliable que se ha traducido en los síntomas histéricos.

La muerte de la segunda hermana casada ha significado mucho más que una pérdida para la joven Elisabeth. Cuando ella llegó junto con su madre al lecho donde yacía muerta su hermana, otro pensamiento además del dolor de la pérdida se ha apoderado de la paciente: “«Ahora él está de nuevo libre, y yo puedo convertirme en su esposa».” (Freud, 1895, p. 171). Es este amor secreto el que ha impulsado el padecimiento de la muchacha. Vemos cómo la muerte puede llegar a ser representada de otra forma, no es la pérdida lo que debemos resaltar aquí, sino el hecho de que sirve a la manifestación de un deseo que se ha evidenciado fugazmente.

Freud nos explica que los cuidados de un enfermo exigen del cuidador la renuncia a la mayoría de sus emociones, y éstas son almacenadas en su interior en forma de impresiones recelosas de afecto. Si el enfermo mejora, todas estas impresiones se desvalorizan con facilidad, pero si por el contrario, como en el caso de las tres pacientes citadas, el enfermizo muere, el duelo entra en acción y todo lo que tiene que ver con él se hace importante, y aquellas impresiones que aguardaban son el material que impulsa el estallido de la histeria.

Todas estas experiencias con la muerte y la relación que puede llegar a existir entre ellas y la neurosis me han servido de preámbulo para un punto que debemos tratar a continuación. Con los casos de neurosis se nos ha insinuado que existe un deseo arcaico en la vida anímica de los seres humanos que afecta de manera muy concreta a los enfermos de tal patología, aún más cuando la muerte de una persona tan importante en el desarrollo infantil como lo es el padre se hace realidad. Tal deseo llamó la atención de Freud y fue tratado a lo largo de su obra, es el deseo de la muerte del padre.

El deseo de muerte del padre – El parricidio

El “asesino primordial” como llama Freud (1928) al hombre que aniquila a su padre primeramente en la fantasía, parece encontrarse vinculado con el estallido de la afección conocida como neurosis. Ya en la sección anterior de este capítulo hemos presentado casos de mujeres que perdieron a sus padres y que de una u otra manera, vieron cómo su patología tomaba fuerza a partir de esto. Freud nos presenta el análisis de la personalidad de Fiódor Dostoievski en su texto *Dostoievski y el parricidio* (1928). Para él, el padecer de Fiódor, la epilepsia, es una manifestación de la neurosis que padecía éste último y que se hizo presente a sus ocho años cuando su padre fue asesinado.

Ya en *Tótem y tabú* (1913c) Freud había expuesto que el parricidio era el crimen principal tanto del individuo como de toda la humanidad. Su origen se remonta a la

ambivalencia que rodea la relación del niño con su padre, en la que el odio, que querría eliminar a ese rival que representa el progenitor, permanece junto a cierto grado de ternura hacia él. Sí, es el mismo conflicto que se evidencia en el complejo de Edipo y cuyo porvenir se ve amenazado por la introducción de la admonición de castración, a partir de la cual el niño entiende que el deseo de aniquilación del padre sería castigado. Es así como el infante conservaría su virilidad, renunciando al deseo de poseer a su madre y de eliminar al padre. “Y es este deseo, en la medida en que se conserva en lo inconciente, el que forma la base del sentimiento de culpa.” (Freud, 1928, p. 181).

Existe otro proceso vinculado al desarrollo del complejo de castración, que sirve a la represión del odio que se siente hacia el padre, y es la toma de un lugar del yo por parte de la identificación con el padre y que se estructura en el superyó. Freud explica que esta instancia es acogida dentro del yo pero se opone a él con la fuerza heredada del progenitor.

Quisiera detenerme por un momento en el sentimiento de culpa que asalta al neurótico y que parece encontrarse detrás del llanto que se produce ante la muerte de un ser tan cercano como el padre. El superyó hereda la fuerza de ese padre que se muestra duro, cruel y violento y se alza contra el yo produciendo una pasividad que era la que debía reprimirse. Freud diría que el superyó se ha vuelto sádico y el yo permanece como masoquista. Lo que sigue es entonces la explicación del sentimiento de culpa:

Dentro del yo se genera una gran necesidad de castigo, que en parte está pronta como tal a acoger al destino, y en parte halla satisfacción en el maltrato por el

superyó (conciencia de culpa). En efecto, cada castigo es en el fondo la castración y, como tal, el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre. Y el destino mismo no es en definitiva sino una tardía proyección del padre. (Freud, 1928, p. 182).

Con lo anterior podemos comprender entonces los ataques de angustia; en Dostoievski se manifestaron desde muy temprana edad y fueron los motivadores de sus primeros síntomas. De Freud conocemos que para el escritor ruso, los ataques tenían una intencionalidad de muerte y se manifestaban a través de estados de dormir letárgico. Los ataques de muerte guardan relación con la identificación del padre en el yo. Freud explica dicha interacción así: “«Tú has querido matar a tu padre para ser tú mismo el padre. Ahora eres el padre, pero el padre muerto»” (1928, p. 183). El yo se satisface con la muerte del padre en la fantasía lo que le permite conservar la virilidad y al mismo tiempo, es una satisfacción masoquista. Pero para el superyó esta satisfacción es sádica a través del castigo.

Los ataques son el resultado de la realización del deseo de muerte del padre, al menos en la fantasía, que es posible porque la relación padre-hijo ha sido llevada a la relación entre el yo y el superyó. Esa fantasía mudada en realidad activa los mecanismos de defensa y aparece el castigo y en el caso de Dostoievski, es temible dada la forma como murió su progenitor.

En Dostoievski su estado neurótico se agravó a partir de la violenta muerte de su padre, pero en otro caso citado por Freud, el deseo de muerte hacia el progenitor y el reproche inconsciente que éste despierta fueron los causantes de una neurosis fóbica.

En su texto de 1909b, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* -también conocido como el caso Hans-, Freud expone el historial clínico de un pequeño que desarrolla una fobia hacia los caballos y en el que como es normal en estos casos, podemos ver cómo las fantasías del pequeño paciente son el reflejo de su padecer. La angustia que padece Hans es producida por los caballos, una fobia que se desarrolla durante su etapa edípica (Hans tiene cuatro años y medio cuando inicia el tratamiento con Freud), enmarcada en constantes muestras de cariño por parte de su madre y el afán de su padre por colocarle límites a la situación.

De Hans sabemos que es el mayor de dos hermanos, situación que no le hace muy fácil su vivir, ya que esta pequeña hermana es representada como una directa rival en su lucha por el amor. Es por esto que el terapeuta puede recoger varias muestras de hostilidad por parte del niño hacia su padre y hermana. Una mañana según cuenta Hans, su padre le pegó; se hallaba el pequeño con su progenitor en el consultorio de Freud y cuando se les pidió el esclarecimiento del hecho, el padre recordó que la mañana de ese día el niño lo chocó con su cabeza en el vientre y que él –el padre- en un acto reflejo normal, lo había golpeado con la mano. Este evento es interpretado como una clara muestra de la hostilidad que despierta el padre en el niño y también, refleja la necesidad que siente el pequeño de ser castigado por sus concupiscentes sentimientos hacia su madre (Freud, 1909b).

Freud le comunicó sobre su teoría de los impulsos –aún en la época de la carta utilizaba este término que posteriormente se mudaría a pulsión- hostiles hacia los padres a su amigo Fliess en una carta fechada con 31 de Mayo de 1897 y que se incluyó en *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950). Dichos impulsos son considerados como “un elemento integrante de la neurosis.” (Freud, p. 296). En esta parte de la carta considera también Freud que los impulsos hostiles son reprimidos en épocas en las que el progenitor sobre el cual se dirigen, despierta compasión: enfermedad, muerte, etc. “Entonces es una exteriorización del duelo hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancolías), o castigarse histéricamente, mediante la idea de la retribución, con los mismos estados [de enfermedad] que ellos han tenido.” (Freud, 1950, p. 296). Ya hemos tenido la oportunidad de ver cuánto afectó este tipo de situaciones a pacientes como Anna O.

En el pequeño paciente existe un conflicto en el que el amor por su padre se ve confrontado por el sentimiento de rivalidad ante la competencia por el amor de la madre. Es este el tipo de ambivalencia que experimentan los neuróticos obsesivos y que de acuerdo con Freud compone el conflicto edípico. La fobia de Hans empezó cuando cierto día que iba con su madre por la calle vio cómo un caballo que tiraba de un carro de mudanza se caía al suelo, pataleaba y hacía mucho ruido con sus patas. De ahí en adelante, el pequeño no podía presenciar el paso por su portal o cualquier otro lugar, de caballos, especialmente si estos tiraban de carros de mudanza. En un dialogo establecido entre el paciente y su padre, éste último llega a comprender que la angustia ante la caída del caballo se debe a que representaba simbólicamente, el deseo de caída del progenitor y su muerte (Freud, 1909b).

En un principio, solamente se pensaba en el miedo hacia los caballos por parte del pequeño, ya que estos muerden, y esta acción está relacionada con la angustia de castración.

El paciente en un nuevo diálogo con su padre le comenta que ha jugado a los caballos con un amigo de nombre Fritzl. Ante la pregunta del padre por si jugaban a menudo al caballito el pequeño responde: “Muy a menudo. Fritz también fue una vez caballito y Franzl era cochero y Fritzl corría muy fuerte y una vez tropezó con una piedra y le salió sangre.” (Freud, 1909b, p. 50). Este suceso está relacionado con el origen de lo que el niño y su padre denominan “la tontería”, es decir, su fobia a los caballos. Tiempo después Hans estando en la puerta de su casa, se entra rápidamente cuando ve unos caballos que en su parecer lucen arrogantes. Esta apariencia de los caballos emula la actitud de su padre cuando el niño se encuentra con su madre, según lo entiende él. Ahora en el diálogo de padre e hijo el progenitor le pregunta si es por el deseo de estar en la cama con la madre que él –Hans- desea que su padre se tumbe, se caiga como tanto lo teme el pequeño paciente. La respuesta del infante es: “«Sí, que despojado» (quiere decir descalzo, como Fritzl en su momento) «tropieces con una piedra y te salga sangre y por lo menos yo pueda estar un poquito solo con mami...»” (Freud, 1909b, p. 69). El contenido simbólico que se entreteje en estas dos situaciones y la forma cómo se relacionan son indicadores del deseo latente del infante. Para él lo más importante es estar solo con su madre, y ante ese deseo se interpone el padre, quien es el único que puede gozar de tal privilegio.

No solamente el padre es objeto de los más ominosos deseos de muerte por parte del pequeño neurótico. Ya sabemos por Freud (1905) que los hermanitos menores son claros

rivales para los más grandecitos. Se muestran como ladrones de lo que alguna vez fue suyo, el amor y la atención de los padres y demás familiares. Hans no es ajeno a este acontecer del desarrollo anímico y ven en su pequeña hermana Hanna a una gran antagonista. Sin embargo, este deseo de muerte por parte del niño lo convierte en la víctima de un temor a morir, a ser castigado por su aspiración. Hans quiso en cierta ocasión ser bañado en una tina más chica de la acostumbrada, por el temor a que en ésta última pudiera perder la vida. El deseo de muerte hacia la infantil hermana merece, según entiende el pequeño, un castigo ante lo atrevido del mismo (Freud, 1909b). Las fantasías le sirven al niño para hacer realidad su deseo y sin mayor disimulo le declara a su madre “He pensado que Hanna estaba en el balcón y se ha caído” (Freud, 1909b, p. 57).

Fue con el caso de Hans que Freud logró articular su idea del complejo de castración. Ese complejo que se articula con el complejo de Edipo y que se centra alrededor del tema del deseo y la prohibición, ese fundamental proceso de enfrentar al padre, la ambivalencia de amarlo y odiarlo y renunciar a la madre ante la posibilidad de perder lo que es aún igual depreciado -su pene-, es una situación que puede colocar al sujeto en aras de una patología. Y es que el complejo de castración se muestra como una amenaza ante los deseos y la actividad sexual lo que provoca la angustia del niño. En este caso en particular, el padre ha sido sustituido en la fantasía por el caballo quien amenaza cumplir con el castigo.

Entonces, ¿qué dice Freud de las neurosis obsesivas? En el texto de 1909c, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, Freud nos indica que las representaciones

obsesivas que padecen los pacientes “son unos «reproches mudados, que retornan de la represión {esfuerzo de desalojo} y están referidos siempre a una acción de la infancia, una acción sexual realizada con placer»” (p. 173). Hablamos aquí sin ninguna duda de la práctica del onanismo. El padre en este caso ha sido el obstáculo para tal práctica. El castigo ha puesto fin a la práctica onanista y al mismo tiempo ha despertado una antipatía inagotable hacia el padre quien ha sido asociado para el resto de los tiempos como perturbador del goce sexual (Freud, 1909c).

En este caso conocido comúnmente como el hombre de las ratas, Freud describe el historial de un militar que sufría de una neurosis obsesiva manifestada a través de la práctica de rituales, como es sabido, por medio de los cuales pretendía cancelar toda acción o pensamiento que pudiera provocar la muerte de alguien cercano, especialmente su padre. El deseo de muerte del padre suele ser tan fuerte que puede servirse de las situaciones más sencillas para hacerse evidente: como que a los doce años este hombre había deseado el cariño de una pequeña que al no mostrarle afecto, lo llevo a pensar que la muerte de su progenitor despertaría en ella algo especial debido a la pérdida (Freud, 1909c). Sin embargo, el amor y el deseo de muerte como en el complejo de Edipo, serían las dos aristas de las experiencias amorosas del hombre de las ratas. Es así como seis meses antes de la muerte de su padre, tuvo la idea de que si su padre moría quizás él [el paciente], pudiera heredar dinero con el cual obtener el amor de una dama de la que pretendía su querer (Freud, 1909c).

Como en el caso de Hans, este hombre había tenido la intención de hacerle daño a su hermano menor. A la edad de ocho años cargó una escopeta de juguete que tenía y le pidió a su pequeño hermano que mirara por el cañón de la misma con la promesa de que allí vería algo. Cuando el chico lo hizo, el mayor disparó. Con suerte le dio en la frente pero en su deseo estaba, por él mismo confesado, el hacerle mayor daño. Este relato está acompañado de la aclaración por parte del sujeto de que su hermano menor era más fuerte, más bello y por esto, el preferido, por lo que producía en el hermano mayor celos. (Freud, 1909c).

Pensamientos de muerte hacia otras personas se ven frenados por ideas de suicidio, éstas últimas como castigo ante los ruines deseos. Cuenta Freud que una vez por motivo de la enfermedad de la abuela de la dama del paciente, ésta debió abandonar los estudios para viajar al lado de la anciana para cuidarla. En medio de sus actividades le llegó un mandamiento al enfermo, el de cortarse el cuello. Se dirigió al armario a buscar la navaja para cumplirlo y en eso otro pensamiento lo asaltó, el de viajar antes al lugar donde se encontraba la muchacha y darle muerte a la anciana. Para Freud este tipo de situación se convierte en el motivo de una furia inconsciente incontenible y que despierta en el neurótico, los más grandes deseos de matar a aquella mujer que lo priva de la presencia de su amada. El mandamiento de matarse a sí mismo es el autocastigo impuesto por sus deseos de furia y muerte (Freud, 1909c).

De manera general, Freud nos indica que el neurótico obsesivo sufre de intensos temores de muerte como resultado de un deseo hostil inconsciente que primeramente está

dirigido contra el progenitor. Cada uno de los síntomas compulsivos que desarrolla obedece a la necesidad de crear un sistema defensivo contra dichos sentimientos adversos. Las relaciones de pareja del “hombre de las ratas” se ven permeadas por la ambivalencia que en la temprana infancia tuvo la relación con su padre. Podemos ver el alcance de este conflicto en el hecho de que el enfermo llegó a debatirse entre dos amores: una humilde muchacha a quien de verdad quería y una adinerada jovencita que era favorecida por el favor del padre del obsesivo. Para Freud esta situación se representaba así: “El conflicto de la enfermedad era en esencia una querella entre la voluntad del padre, de continuado efecto, y su propia inclinación enamorada” (1909c, p. 157)

En otro historial de 1918 Freud presenta el historial del hombre de los lobos en el texto *De la historia de una neurosis infantil*. Como se ha venido exponiendo, el complejo de castración se ha articulado en una neurosis en la que los deseos hostiles y las fantasías de muerte se hacen evidentes en la sintomatología.

Ya hemos visto que las fantasías cuyo contenido es agresivo son comunes en los casos de neuróticos. Para este caso en particular Freud ha encontrado una relación entre la afección del paciente y su ama de llaves. Ella había sido la censuradora de su actividad masturbadora y por lo tanto se había representado como la amenaza de castración, lo que motivó en él sueños en los que se concebían claras acciones agresivas hacia esta mujer.

Siendo víctima este joven en su temprana infancia de las inducciones de su hermana a acciones sexuales, había desarrollado una serie de ataques de furia con los cuales buscaba

obtener el lugar activo que no logró mientras era seducido y acariciado por su hermana. “Así, esas fantasías correspondían exactamente a la formación de sagas mediante las cuales una nación después grande y orgullosa procura esconder sus insignificantes e infortunados comienzos” (Freud, 1918, p. 20).

La temprana seducción sufrida por el sujeto de parte de su hermana dos años mayor despertó en él el onanismo que lo rigió hasta el día en que intentó seducir a la ñaña acariciándose el pene delante de ella y esta lo detuvo diciéndole: “Los niños que hacen eso reciben ahí una «herida».” (Freud, 1918, p. 24). Inicia el periodo de la investigación y al ver los genitales de su hermana y una amiguita mientras orinaban, se percató de que ellas no tienen un pene y de que en su lugar hay algo semejante a lo que él llamaría “la «cola de adelante» de las niñas” (Freud, 1918, p. 24). Se vio inmerso en un mundo de ideas sobre la castración aunque aún no creía en ella ni sentía angustia. El rechazo y la amenaza de la ñaña y la corroboración de la idea de la herida en el genital hicieron que el niño abandonara pronto el onanismo. Se presentó una inhibición externa que hizo sucumbir la vida sexual en la que la zona genital primaba. De acuerdo con Freud, esto produjo una regresión a una fase anterior de la organización pregenital, “A consecuencia de la sofocación del onanismo, la vida sexual del niño cobró caracteres sádico-anales.” (Freud, 1918, p. 25).

A consecuencia de lo anterior el sujeto empezó a comportarse de manera sádica y activa. Atormentaba a la ñaña, a animales y a otras personas.

Así se vengaba de ella por el rechazo sufrido y al mismo tiempo satisfacía su concupiscencia sexual en la forma correspondiente a la fase regresiva. Empezó a cometer crueldades en animales pequeños, a coger mariposas para arrancarles las alas, a despedazar escarabajos; en su fantasía gustaba de azotar también a animales grandes, caballos. (Freud, 1918, p. 25)

El niño presenta entonces aspiraciones masoquistas que lo conducen a otro punto, la elección del padre como objeto. El progenitor se ha convertido en un modelo admirado y ha pasado a ser el objeto de una corriente que antes era activa y ahora es pasiva. Por un tiempo se ausentó y a su regreso a finales del verano, se hace evidente que los ataques de furia y las escenas de rabia, a diferencia de lo que pasaba con la ñaña, tenían propósitos masoquistas (Freud, 1918). El autor nos indica entonces que la conducta revoltosa del niño obedece a intentos de seducción a través de los cuales buscaba ser castigado y que le pegaran, obteniendo así la satisfacción sexual masoquista. Al mismo tiempo obtiene a través del castigo la satisfacción para su sentimiento de culpa.

La angustia frente a la figura del lobo le da el título de hombre de los lobos y un sueño angustiante a la edad de cuatro años con la presencia del mamífero provocó en el paciente un sentimiento de afecto real que le indicó a Freud que el contenido manifiesto del mismo debía hacer referencia a un evento experimentado en la realidad.

El acontecimiento que le daba el peso afectivo al sueño del sujeto del caso era un coito llevado a cabo por sus padres en una época en la que el infante presentaba fuertes

fiebres como consecuencia de una malaria. Contaba el niño con un año y medio según los cálculos de Freud cuando se hizo observador de un comercio sexual en el que el padre se encontraba de pie y la madre en una posición semejante a la de los animales cuando se aparean (Freud, 1918). Su hermana, cuando eran más chicos, solía utilizar la imagen de un lobo que se encontraba en la caratula de un libro de cuentos tradicionales, que caminaba erguido, con una pata adelante y otra atrás y con las orejas tiesas, para molestarlo bajo cualquier pretexto, lo que obligaba al niño a huir asustado (Freud, 1918). Esta figura del lobo erguido del cuento le recordó al paciente la posición de su padre durante el comercio sexual con la madre. “El lobo al que tenía miedo era sin duda el padre, pero la angustia ante el lobo estaba ligada a la condición de la posición erguida.” (Freud, 1918, p. 39). La inquietud que despertaba el lobo en el sujeto se relacionaba entonces con la angustia de castración.

La escena primordial que presenció el sujeto a la edad de un año y medio movilizó en él deseos de satisfacción por parte del padre. Adoptó frente a éste último la actitud pasiva que sucumbió posteriormente a la represión, lo que luego se convirtió en una angustia frente al lobo. Freud interpreta la fobia frente al animal diciendo: La “expresión, «ser comido por el lobo», no era más que una trasposición regresiva,... del deseo de ser poseído sexualmente por el padre, vale decir, de ser satisfecho del mismo modo que la madre” (Freud, 1918, p. 44). La satisfacción que había interpretado en el rostro de la madre al sostener un encuentro anal con el padre, movía al niño a buscar la satisfacción para él mismo de parte de su progenitor.

Aproximadamente a los cuatro años el paciente estaba junto a su madre cuando ella acompañaba al médico que la había ido a visitar y le contaba a éste último que padecía de hemorragias y dolores que no le hacían la vida fácil. De esta charla el niño quedó con la impresión de la sangre en las heces. Al comienzo de su periodo de angustia, la madre impartió instrucciones entre los pequeños de cómo prevenir la disentería que había brotado alrededor de la finca. El paciente escuchó que la enfermedad se caracterizaba por la presencia de sangre en las heces y temió por su vida, al creer que en sus propias heces había sangre. Solamente un examen pudo convencerlo de lo contrario. Freud reconoce en este episodio una identificación del niño con la madre e interpreta que el diálogo que ella sostuvo con el médico fue la prueba del vínculo. (Freud, 1918).

Este caso de neurosis obsesiva difiere un poco de los casos citados anteriormente. Si bien presenta los síntomas típicos de esta patología es de resaltar que el niño fue sometido a una experiencia sexual muy temprana que lo ubicó en el papel pasivo de la actividad e hirió su masculinidad, lo que lo condujo a identificarse con la madre en ese comercio sexual que atestiguó siendo muy pequeño. Esa posición lo llevó a anhelar la satisfacción por parte del padre pero, no podemos dejar de lado, el deseo infantil del parricidio. El padre ha sido el encargado de cohibir el gozo onanista y posteriormente, todo placer amoroso. Ante la muerte real del progenitor se ha puesto en marcha todo el mecanismo de defensa que intenta contener esos deseos hostiles por medio de las prácticas obsesivas y el autocastigo. El temor a morir no es otra cosa que la merecida pena por su ominosa pretensión.

Los sueños y la muerte

Hemos hablado de la muerte como un deseo infantil que se ha conservado en el inconsciente y que suele hacerse actual ante la pérdida de un ser querido, especialmente el padre y que en algunos casos suele ser el origen de patologías como las neurosis obsesivas y las zoofobias. Quiero por ello buscar un rastro de este deseo en un contenido que es el resultado de un complejo proceso anímico y que tiene como fin en muchos casos darle cumplimiento a un deseo; se trata de los sueños.

Con su obra *La interpretación de los sueños* (1900b) Freud nos ofrece un estudio detallado del mecanismo que envuelve a las producciones oníricas partiendo de postulados anteriores de otros autores y dándole un lugar dentro de la literatura de la psicología. *La interpretación de los sueños* es tenuta por su autor en muy alta estima como aporte científico y literario y revela la técnica psicoanalítica a través de la cual es posible develar el significado de un sueño.

Cuando citamos los casos de histeria hablamos de las ensoñaciones, ese grupo de fantasías de las que eran presas tan comúnmente mujeres como Anna O. En contraste con el sueño, las ensoñaciones pertenecen a la vida de vigilia y por lo tanto no se mezclan con la realidad, todo lo contrario a lo que sucede en el sueño en el cual las alucinaciones que son presentadas en él son tomadas como reales o vivenciadas. “La afirmación crítica de que no hemos vivenciado nada de eso, sino que sólo lo hemos pensado -soñado- de una manera peculiar, sobreviene después del despertar.” (Freud, 1900a, p. 74).

El método de la interpretación de los sueños descrito por Freud parte del principio de que el contenido onírico tiene un significado que puede ser revelado y que se encuentra generalmente desfigurado en el contenido manifiesto. Las bases para desarrollar este sistema se encuentran en los análisis que llevó a cabo Freud y Breuer de los síntomas de pacientes nerviosos.

Mis pacientes, a quienes yo había comprometido a comunicarme todas las ocurrencias y pensamientos que acudiesen a ellos sobre un tema determinado, me contaron sus sueños y así me enseñaron que un sueño puede insertarse en el encadenamiento psíquico que ha de perseguirse retrocediendo en el recuerdo a partir de una idea patológica. (Freud, 1900a, p. 122).

Lo que realmente nos interesa de los sueños es la propuesta de Freud de que en el contenido onírico se esconde el cumplimiento de un deseo. La primera aproximación a ésta hipótesis surge en *La interpretación de los sueños* (1900a) a partir del autoanálisis que hace su autor de un sueño suyo mejor conocido como “La inyección de Irma”. Cuando Freud desglosa su contenido llega a una conclusión: “El sueño figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese; *su contenido es, entonces, un cumplimiento de deseo, y su motivo, un deseo.*” (1900a, p. 139).

Buscando el lugar de la muerte en las fantasías y los sueños nos encontramos con que éstos últimos son el resultado de un verdadero proceso psíquico lo cual le da un lugar importante en nuestro trabajo. El sueño, dice Freud “Es un fenómeno psíquico de pleno

derecho, más precisamente un cumplimiento de deseo; debe clasificársele dentro de la concatenación de las acciones anímicas de vigilia que nos resultan comprensibles; lo ha construido una actividad mental en extremo compleja.” (1900a, p. 142).

Pero encuentra Freud objeciones frente a su propuesta del sueño como un cumplimiento de deseo. Hace revisiones bibliográficas de varios autores sobre el tema, y acepta que su teoría no es nueva. Sin embargo, aclara que hasta los sueños más penosos y angustiantes tienen como meta la consecución de placer. El verdadero contenido de un sueño se encuentra en lo que Freud ha llamado contenido latente, el cual puede develarse a través del método de interpretación propuesto por él mismo. “...nuestra doctrina no se apoya en la consideración del contenido manifiesto del sueño, sino que se refiere al contenido de pensamiento que se discierne tras el sueño mediante el trabajo de interpretación.” (1900a, p. 154). El sueño que ha de ser interpretado, aquel que en su contenido manifiesto no revela la verdadera intención del mismo, ha sido sometido a un proceso denominado por Freud como “desfiguración onírica” y que es movilizado por acción de la represión. “Donde el cumplimiento de deseo es irreconocible y está disfrazado, debió de existir una tendencia a la defensa contra ese deseo, y a consecuencia de ella el deseo no pudo expresarse de otro modo que desfigurado.” (Freud, 1900a, p. 160).

En este texto de 1900a, Freud introduce el concepto de instancia según lo encontramos en el *Diccionario de psicoanálisis* (1967) y es utilizado por Freud como sinónimo de sistema – un esquema tópico- pero a diferencia de éste, una instancia tiene un significado tanto tópico como dinámico. Al ser el sueño un cumplimiento de deseo, nace

por labor de la primera instancia y su desfiguración se da por trabajo de la segunda instancia que es la censuradora. Es entendible entonces lo comunicado por Freud al afirmar:

Y por referencia a nuestros supuestos acerca de las dos instancias psíquicas podemos decir ahora, además, que los sueños penosos contienen de hecho algo que es penoso para la segunda instancia, pero que al mismo tiempo cumple un deseo de la primera. (1900a, p. 164).

Citaremos a continuación uno de los sueños de muerte analizados por Freud y que le sirven para defender su teoría de que el sueño tiene por contenido el cumplimiento de un deseo. El sueño pertenece a una paciente de Freud y de él resaltamos el hecho de que el menor de los hijos de la hermana de la paciente – Karl -, yace muerto en su ataúd frente a ésta última. Como parte del material histórico de la vida familiar de esta mujer encontramos que el mayor de sus dos sobrinos, el hermano de Karl, de nombre Otto, había fallecido y que por él sentía un gran cariño ya que había participado en su crianza además. La muerte de Otto la turbó entonces de gran manera según relata ella. Las preguntas que le formula la paciente a Freud son: “¿acaso soy tan perversa que desee a mi hermana la pérdida del único hijo que le queda? ¿O significa el sueño que yo desearía que el muerto fuese Karl y no Otto, por quien sentí un cariño tanto mayor?” (Freud, 1900a, p. 170).

El análisis de Freud sobre el sueño revela un antiguo amor que nunca abandonó las aspiraciones de su paciente. En algún tiempo este amor llegó a estar en los planes de matrimonio de la enferma pero por intervención de su hermana esto no se dio e incluso lo

obligó a alejarse de la casa. El dueño de los afectos de la paciente era un profesor al que ella solía frecuentar en sus conferencias. Nunca pudo transferir este amor a otro pretendiente. El dato aclarador del deseo disfrazado en el sueño de la muerte del sobrino es que el amado profesor estuvo frente al ataúd que contenía el cuerpo del pequeño Otto y al ver a su pequeño sobrino Karl en un ataúd durante su sueño no hacía algo diferente a manifestar su deseo de ver nuevamente a su amado. Agrega Freud que “Es manifiesto que para encubrir su deseo ella había escogido una situación en que tales deseos suelen sofocarse, una situación en que se está tan embargado por el duelo que no se piensa en el amor.” (1900a, p. 171).

Pero los deseos manifestados a través de los sueños no son siempre actuales y pueden pertenecer a antiguas experiencias. En otro sueño con muertos recopilado y explicado por Freud encontramos la referencia a esta cualidad del sueño. En el contenido manifiesto de éste tenemos que la señora ha visto a su única hija, que tiene 15 años de edad, yacer muerta dentro de una caja. La motivación del sueño se refería a una conversación la tarde anterior al mismo acerca de la similitud del significado de varias palabras en distintas lenguas:

...había recaído en la palabra inglesa «box» y sus diversas traducciones al alemán: «Schachtel» {caja}, «Loge» {palco}, «Kasten» {cofre}, «Ohrfeige» {puñetazo}, etc. Por otros fragmentos del mismo sueño pudo completarse esto: ella había descubierto el parentesco de la palabra inglesa «box» con la alemana «Büchse» {cajita}, y la importunó el recuerdo de que «Büchse» se usaba

también como designación vulgar de los genitales femeninos. (Freud, 1900a, p. 171).

Por conjetura la paciente ha llegado a la conclusión de que la imagen de su hija dentro de la caja en el sueño, significaba el fruto en el vientre materno. Al llegar a esta dilucidación admitió que detrás de esto se escondía un deseo. En la historia de vida de esta paciente aparece que siendo muy joven quedó embarazada y en ella se produjo el deseo de que ese niño muriera incluso nos dice Freud, durante un momento de furia con su esposo, llegó a golpearse el vientre con los puños para terminar con su embarazo. “La niña muerta era realmente, pues, cumplimiento de un deseo, pero de uno que había abandonado desde hacía quince años, y no es maravilla entonces que el cumplimiento del deseo, tras una demora tan prolongada, no fuese ya reconocible.” (Freud, 1900a, p. 172).

Los sueños con personas muertas o en los que la muerte es el tema son considerados por Freud como sueños típicos. Estima él que todos hemos tenido sueños como estos y reconoce que este tipo de sueños – los típicos-, su método de interpretación falla. Dentro de los sueños de muerte el autor distingue dos clases:

...una en la que el duelo no nos afecta en el sueño, de modo que al despertar nos asombramos de nuestra falta de sentimientos, y la otra en que sentimos profundo dolor por esa muerte fatal y aún dormidos rompemos a llorar amargamente. (Freud, 1900a, p. 258).

Los sueños que pertenecen al primer grupo, aquellos libres de duelo no son considerados típicos según dice Freud porque su contenido disfraza un deseo. El ejemplo de esta clase de sueños es el de la tía que ve a su segundo sobrino dentro de un ataúd. El duelo se encuentra ausente en este sueño porque el verdadero deseo era otro, ese de ver al amado nuevamente. La importancia se enfoca de aquí en adelante en los sueños donde la muerte de una persona querida produce dolor y motiva el duelo. Freud destaca que en estos sueños el deseo real es la muerte de esa persona. En el caso de la muerte de padres y hermanos es considerable el hecho de que los deseos expresados en los sueños no deben ser actuales: “La teoría del sueño no exige tanto; se conforma con inferir que les ha deseado la muerte en algún momento de la infancia.” (Freud, 1900a, p. 259).

La rivalidad entre hermanos ha sido documentada en varias obras de Freud y en este apartado del texto resalta de nuevo el lugar y el papel que tiene en el desarrollo del individuo diciendo que forma parte de la adquisición de la moral. “Donde esta moralidad no se desarrolla, hablamos sin vacilar de «degeneración»” (Freud, 1900a, p. 260). El autor nos indica que en los sueños se manifiestan también aquellos deseos –de muerte- de la infancia que en algún momento se dirigieron contra los propios hermanos y que demuestran el sentimiento de rivalidad que rodea las relaciones fraternas. Con el ejemplo nos indica Freud: “Hasta entonces ha sido hijo único; ahora se le anuncia que la cigüeña trajo un nuevo niño. Examina al recién llegado y dice, decidido: «Que la cigüeña lo lleve de vuelta».” (1900a, p. 261).

Un sueño que ejemplifica este deseo infantil pertenece a una paciente de Freud. Ella cuenta que en el sueño se encuentra jugando con sus hermanos y primos; de repente a todos, excepto a ella, les crecen alas y desaparecen volando. Freud reconoce por la claridad de los eventos que el sueño se refiere a un deseo de muerte. “...en el sueño les crecieron a todos los hermanos alas como a los ángeles, y -es lo principal- desaparecieron volando. Nuestra pequeña creadora de ángeles quedó sola, se supone que la única del grupo de niños.” (1900a, p. 263). Nos aclara el autor que sin embargo la idea de la muerte que acompaña a los niños no es la misma de las personas adultas:

Para el niño, a quien por lo demás se le ahorran las escenas de sufrimiento que preceden a la muerte, «estar muerto» significa tanto como «estar lejos», no molestar más a los sobrevivientes. Y en nada cambia las cosas el modo en que se produzca esa ausencia, si por viaje, abandono, alejamiento o muerte. (Freud, 1900a, p. 264).

Por lo anterior, si el niño llegara a albergar el deseo de que otro niño se ausentara, según Freud nada se interpone en el hecho de disfrazar ese deseo con la figura de la muerte y a partir de los análisis de los sueños de muerte en adultos y la reacción de estos frente a la idea del contenido, psíquicamente este deseo del niño y el del adulto se comportan de manera similar.

En relación con los padres tiene en cuenta Freud un objeción: Si entre hermanos lo que dirige esos deseos de muerte es la rivalidad, cómo es posible que los mismos deseos se

gesten hacia los progenitores que son dadores de afecto y protección. Explica entonces el teórico que en referencia con los padres el deseo de muerte se da por la competencia con el progenitor del mismo sexo, en la mayoría de los casos, por el amor del progenitor del sexo contrario.

Los sueños de los niños no convencen tanto a Freud acerca del deseo que se esconde tras ellos como sí lo hacen los sueños de neuróticos a los que psicoanaliza. Estos sueños, o más bien su verdadero contenido, apresan a estos enfermos y los convierten en víctimas de severos reproches. El autor cita el caso de una paciente que presentaba diversos estados psíquicos. Durante uno de dichos estados denominado de excitación confusional, esta paciente insultaba y le pegaba a su madre mientras que con una hermana mayor se comportaba amorosa. En los sueños que Freud analizó de esta joven encontró que la mayoría de ellos aludían de forma más o menos disfrazada, a la muerte de la madre; "...ora asistía al entierro de una mujer vieja, ora se veía a la mesa con su hermana, vestidas ambas de luto; no cabía duda alguna sobre el sentido de estos sueños." (Freud, 1900a, p. 268). A medida que empezó a mejorar la salud mental de la paciente, empezaron a aparecer fobias histéricas en ella, dentro de las cuales estaba el temor de que a su madre le sucediera algo. Esto le permitió a Freud según nos dice, entender que el sistema anímico utiliza varios "lenguajes" para manifestar una misma excitación en él. La hostilidad que se tradujo en agresión por medio de la motricidad sucumbió ante la censura y sólo encontró lugar entre los sueños. Cuando allí también se alcanzó el apaciguamiento, la exagerada preocupación por la madre apareció como "contrarreacción histérica y fenómeno de defensa." (Freud, 1900a, p. 269). Remitiéndose a la obra de Sófocles y al drama de Edipo Rey, Freud explica

el origen de ese deseo de muerte hacia el padre y el reflejo de él en la obra literaria. Dice que ha formado parte de la historia del hombre primordial y aún nos alcanza. Nos compara con Edipo y dice:

Su destino nos conmueve únicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que naciéramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello. (Freud, 1900a, p. 271).

Que se represente la muerte de un ser querido durante el sueño es un indicador de que ese deseo ha escapado a la censura, por lo que en dicho sueño el dolor de la pérdida se traduce en sentimiento. A partir de esta revelación Freud infiere que los sueños de angustia se dan cuando la censura es avasallada en su totalidad o de forma parcial pero esto es posible, porque la angustia ya es actual y proviene de fuentes somáticas. Todo lo anterior permite dilucidar el fin de la censura con la desfiguración onírica: “...lo hace *para preservar del desarrollo de angustia o de otras formas de afecto penoso*.” (Freud, 1900a, p. 275).

Por otra parte, los sueños están plagados de simbolismo que representa el material del contenido que se ha disfrazado pero éste simbolismo no le pertenece al sueño sino que proviene del representar inconsciente. El mismo representar inconsciente que actúa sobre “el folklore,... los mitos, sagas y giros idiomáticos,... la sabiduría del refranero y... los

chistes que circulan en un pueblo” (Freud, 1900b, p. 357). Respecto al simbolismo en el material onírico y su origen Freud nos dice:

Con bastante frecuencia, un símbolo que aparece dentro del contenido onírico no debe interpretarse simbólicamente, sino en su sentido genuino; y en otros casos un soñante, partiendo de un material mnémico especial, puede crearse el derecho de usar como símbolo sexual todo cuanto le sirva para ello y que en general no recibe ese uso. (1900b, p. 358).

Ha reconocido Freud dentro del simbolismo presente en el sueño, uno que tiene carácter de típico. Para la angustia de muerte ha destacado en lo onírico una situación que es semejante en cuanto a la impresión afectiva que produce en el soñante y es aquella en la que se sueña que se pierde un viaje en tren.

CAPÍTULO II

LA MUERTE COMO META; LA PULSIÓN DE MUERTE

Se presenta a continuación la definición del concepto *pulsión de muerte* introducido por primera vez en el texto de 1920, *Más allá del principio de placer*. Definir esta idea exige hacer un recorrido a lo largo del pensamiento freudiano en sus obras, ya que el concepto se construyó a partir de insinuaciones anteriores a 1920. Ya en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud había encontrado que la pulsión sexual tenía un componente agresivo. En *Pulsiones y destinos de pulsión* de 1915a, el análisis de los pares opuestos sadismo-masoquismo y odio-amor, le revela a Freud que la relación de estos se halla en las pulsiones yoicas o de autoconservación y no en las sexuales.

Al comenzar este apartado, se definen las características de la pulsión, para ofrecer una mirada clara sobre la naturaleza y el obrar de la misma, introduciendo posteriormente y desarrollando las ideas que fueron revelándole a Freud la existencia de una pulsión de muerte. Hacia el final de este capítulo, se muestra el cambio funcional y estructural que supone en la teoría psicoanalítica el concepto de *pulsión de muerte*.

El concepto de pulsión

El término pulsión —en alemán, *trieb*— fue utilizado por primera vez por Freud en su texto de 1905, *Tres ensayos de teoría sexual*. Aunque el término fue nuevo para esa fecha, el concepto que encierra estuvo presente desde mucho antes en la teoría Freudiana. En la nota introductoria de James Strachey al texto *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a), nos dice que el término *Trieb* aparece muy pocas veces en los escritos de Freud del año 1900 hacia atrás. “...los trabajos del período de Breuer, en la correspondencia con Fliess e incluso en *La interpretación de los sueños* (1900a).” (p. 109).

Freud había utilizado otros términos en lugar de *pulsión* de acuerdo con James Strachey: “Su lugar lo ocupaban en gran medida cosas tales como las «excitaciones», las «representaciones afectivas», las «mociones de deseo», los «estímulos endógenos», etc.” (Freud, 1915a, p. 110). El concepto de pulsión es utilizado por Freud como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma”, continúa Strachey (Freud, 1915a, p. 117).

En el texto de 1915a, *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud al introducir el concepto de *Trieb*, presenta la descripción de su naturaleza como energética y constante. Para la pulsión [sexual] destacaba en principio dos conceptos que se relacionaban con ella: el *objeto*, que es “la persona de la que parte la atracción sexual” y, la meta sexual, que es “la acción hacia la cual se esfuerza la pulsión” (Freud, 1905, p. 123). En este punto del

trabajo del autor, las pulsiones se hallaban divididas en dos categorías: pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a) Freud amplió el concepto de pulsión. Dice que la pulsión se distingue del estímulo en que éste último es fisiológico y encuentra su origen en lo exterior. La pulsión es como un estímulo psíquico y mantiene una fuerza constante denominada en alemán *drang*. Ante ella no es posible la huida, ya que proviene del interior. Al respecto Strachey en su nota introductoria al texto de 1915 nos señala que esa diferencia ya había sido utilizada por Freud anteriormente. “Esta precisa distinción había sido trazada por él veinte años antes, sólo que en lugar de «estímulo» y «pulsión» hablaba entonces de «excitación exógena» y «endógena»” (Freud, 1915a, p. 110).

Freud nombra al estímulo pulsional como una “necesidad” que solamente puede ser anulada por medio de la “satisfacción”, alcanzada ésta última a través de la modificación apropiada de la meta conocida como tendencia. Dice el autor que “El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan...” (Freud, 1915a, p. 115), es decir de rebajar dichos estímulos al mínimo nivel posible, y que por el *principio de constancia*, desearía permanecer libre de cualquier estímulo, pero este ideal se hace imposible por lo continuo de la fuerza con que fluye.

Las pulsiones le plantean por su naturaleza exigencias mucho más elaboradas al sistema nervioso, moviéndolo a labores más complejas y encadenadas entre sí, que transforman el mundo exterior para facilitar la satisfacción del estímulo. El aparato psíquico está sometido al *principio de placer* según Freud, y su actividad se ve regulada

automáticamente por sensaciones de la serie placer-displacer, dónde el displacer está relacionado con un incremento del estímulo y su disminución con el placer. Se reconoce aquí el carácter más general de toda pulsión, el carácter conservador.

Para la pulsión Freud (1915a) describe posteriormente cuatro aspectos: El esfuerzo (Drang), la meta (Ziel), el objeto (Objekt) y la fuente (Quelle). “Por *esfuerzo* {Drang} de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa {repräsentieren}” (p. 4) Es el esfuerzo la naturaleza misma de la pulsión -sostiene Freud- y su carácter más universal. Continúa diciendo que *la meta*, que es invariable para toda pulsión, siempre es la satisfacción, pero indica que se puede alcanzar dicha meta a través de diversos caminos y que en el proceso se pueden encontrar otras metas que se permutan entre sí o hasta se combinan. Al contrario de la meta, *el objeto* es lo más variable en la pulsión. Señalamos aquí que no siempre es algo externo, puede ser una parte del propio cuerpo –zonas erógenas-, lo que nos remite a lo autoerótico y al narcisismo. Por medio del objeto se puede alcanzar la meta y un mismo objeto puede ser utilizado para satisfacer diferentes pulsiones. Freud sigue en su exposición con la descripción de *la fuente*, que tiene su lugar en lo somático y sólo podemos conocerla por medio de sus metas. La pulsión es su representante. Según Strachey en su nota introductoria al texto de 1915a, Freud ya había definido a la pulsión como el agente representante psíquico de fuerzas somáticas.

En el mismo texto de 1915a, Freud con el fin de establecer los tipos de pulsiones, propone diferenciar dos grupos primordiales: “*las pulsiones yoicas o de autoconservación y*

las *pulsiones sexuales*” (p. 119). Estos dos grupos de pulsiones son propuestos a partir de las observaciones del psicoanalista de los casos de neurosis de transferencia en las cuales observó un conflicto entre las pulsiones sexuales y el yo. De los dos grupos las de mayor consideración para el autor son las pulsiones sexuales. Es esta la primera teoría pulsional propuesta por Freud.

Las pulsiones sexuales se desarrollan a partir de su separación de las pulsiones yoicas aunque incluso en la elección de objeto siguen los caminos apuntalados por éstas últimas. Dice Freud que cuando han alcanzado una síntesis se ponen al servicio de la función de reproducción. “Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, a las cuales proveen de componentes *libidinosos* que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad” (1915a, p. 121). Este tipo de pulsiones tienen la singularidad de que pueden intercambiar sus objetos con facilidad según Freud, y debido a esto último, les es posible disponerse para operaciones que se encuentran alejadas de las “acciones-meta originarias” (1915a, p. 121), lo que se conoce como sublimación.

Según Freud, en su desarrollo las pulsiones sexuales pueden experimentar cuatro destinos:

- El trastorno hacia lo contrario.
- La vuelta hacia la persona propia.
- La represión.
- La sublimación.

Freud dice que “El *trastorno hacia lo contrario* se resuelve, ante una consideración más atenta, en dos procesos diversos: la vuelta de una pulsión *de la actividad a la pasividad*, y *el trastorno en cuanto al contenido*.” (1915a, p. 122). Para el primer proceso que tiene que ver con el cambio de la actividad a la pasividad el autor cita como ejemplos al par de opuestos sadismo-masochismo y el ver y exhibirse. En los ejemplos la meta activa es martirizar y ver y la pasiva, es ser martirizado y ser mirado. Para el trastorno de contenido solamente cita el traslado de amor en odio.

En la vuelta hacia la persona propia se presenta un cambio en la vía que toma la pulsión pero no en su meta. Este cambio lo muestra Freud diciendo: “...si pensamos que el masochismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el yo propio, y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio.” (1915a, p. 122)

En cuanto al contenido, Freud asegura que el amor corresponde con la satisfacción que le puede producir un objeto al yo y el odio, estaría relacionado con el displacer que le produce al mismo. Todos los objetos que sean fuentes de displacer para el yo, son motivos para él de odio, los aborrece y los persigue “...indiferentemente de que le signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación.” (Freud, 1915a, p. 132)

La pulsión de muerte

La pulsión de muerte es un concepto que introduce Freud por primera vez en 1920 en su texto *Más allá del principio de placer*. Viene a contraponerse a las pulsiones de vida en lo que constituye la segunda teoría pulsional que conservó el autor hasta el final de su vida. Este concepto no ha sido tan bien recibido por parte de los seguidores, discípulos, ni críticos de la obra freudiana y sigue pareciendo un postulado hipotético.

Pero la pulsión de muerte viene a cumplir con una exigencia dentro del modelo teórico general propuesto hasta 1920 por Freud. Tratar de entender su aparición y la dinámica que se esconde detrás de esta noción, nos obliga a ir más allá de su definición y a hacer un recorrido a través de la evolución del pensamiento de su autor.

De forma general y acerca de la pulsión de muerte, el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis nos dice:

Dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, designan una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico (1967, p. 336).

Lo anterior sería a grandes rasgos el fin que persigue la pulsión de muerte y distinguir la oposición que existe entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte nos

sirve para comprender mejor la naturaleza de las últimas. Hasta 1920, las pulsiones de vida dominaron el panorama estructural de la psique en la obra de Freud y la aparición del concepto de pulsión de muerte le exigió a Freud una nueva definición de varios conceptos entre los que contamos el odio, el amor, el sadismo, el masoquismo, la ambivalencia y la agresividad.

La tendencia de las pulsiones de vida es la de establecer y mantener la unidad de las entidades vitales y a partir de las ya existentes, formar otras más complejas. La conservación de la existencia como lo pretenden las pulsiones de autoconservación, es la prueba de esta tendencia. Al contrario de las pulsiones de vida, las pulsiones de muerte buscan establecer unidades menos diferenciables y a destruir; buscan reducir los niveles de tensión al máximo, niveles que aumentan con la labor de las pulsiones de vida que siempre están formando y ligando nuevas unidades vitales. El trabajo de las pulsiones de vida es el de complejizar cada vez más el sistema para evitar que la desintegración y la destrucción que buscan las pulsiones de muerte se lleve a cabo.

Para Freud, la esencia de las pulsiones de conservación puede ser explicada a partir del análisis del desarrollo de lo orgánico e hipotéticamente en los inicios de lo viviente, lo inanimado fue influenciado por fuerzas desconocidas que lo llevaron a ser animado, a ser vivo. En este proceso, la pulsión de aquel organismo tuvo la tendencia a regresar a su estado de inanimado como equilibrio para su nueva condición. “Sobre la base de consideraciones teóricas, apoyadas por la biología, suponemos una *pulsión de muerte*, encargada de reconducir al ser vivo orgánico al estado inerte...” (Freud, 1923, p. 41). En el

transcurso de la evolución es posible que en la búsqueda del estado de inanimado, la pulsión haya recibido muchos influjos de fuerzas que la desviaron más y más de su meta, y que en las actuales pulsiones de conservación permanezcan dichas variantes (Freud, 1920). Las pulsiones de autoconservación son pulsiones parciales encargadas de garantizar la muerte particular del organismo y evitarle volver a lo inorgánico por medios que no sean inherentes a él. Ellas custodian al organismo de eventos que puedan acortar su camino de regreso hacia lo inanimado y propiamente dicho: “...el organismo sólo quiere morir a su manera” (Freud, 1920, p. 39).

Freud plantea que la pulsión posee un carácter conservador ya que guarda el estrato de la evolución de la materia, y que en su carácter conserva la búsqueda de un estado primario; el impulso al desarrollo y al cambio son engañosas manifestaciones de las pulsiones de conservación. La pulsión no aspira a nada desconocido y por ende, el estado al cual impulsa es anterior al actual, contrario a lo orgánico. El estado anterior a todo lo orgánico es lo inorgánico, lo inanimado es anterior a lo animado y es justamente a ello que tiende la pulsión. “*La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.*” (Freud, 1920, p. 38). La hipótesis de que las pulsiones son instigadoras únicamente del desarrollo es rechazada por Freud, y para ello se basa en el análisis de la existencia de organismos muy inferiores en su desarrollo y que permanecen vivos, incluso hace referencia al esperma germinal, que condensa las pulsiones heredadas y las recientemente adquiridas.

Hasta antes de 1920, Freud había sostenido que el dualismo que regía el funcionamiento psíquico era el de las pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. Las primeras buscaban conservar la especie por medio de la unión de los dos gametos y la creación de nuevos individuos mientras que las segundas, resguardan al organismo de todo aquello que representa un peligro para él. Este dualismo pulsional obedece a una tendencia representativa de la psique: recordemos otros dualismos como lo activo y lo pasivo, energía libre y energía ligada, principio de placer y principio de realidad, etc. La segunda teoría pulsional presentada en *Más allá del principio de placer* (1920), agrupa en una sola categoría a las pulsiones sexuales y las de autoconservación, llamada *pulsiones de vida* y la opone a *las pulsiones de muerte*. Las pulsiones de vida conservan el esfuerzo por preservar la sustancia viva que anteriormente era exclusivo de las pulsiones de autoconservación pero son superiores a éstas últimas porque permanecen resistentes a estímulos externos y conservan la vida por periodos más amplios. Las pulsiones de vida conservan de las pulsiones sexuales el “...que se empeñan en alcanzar por todos los medios [...] la fusión de dos células germinales diferenciadas de una manera determinada... Sólo bajo esta condición puede la función genésica prolongar la vida y conferirle la apariencia de la inmortalidad.” (Freud, 1920, p. 43).

El desarrollo al que aparentemente empuja una pulsión no es para Freud más que una quimera, porque en las bases de la evolución de algunos organismos encuentra que existen involuciones como pago por las nuevas adquisiciones o incluso, los nuevos avances se edifican sobre lo ya alcanzado. En las neurosis de transferencia como las fobias, halla una base para afirmar que esa aparente “<<pulsión de perfeccionamiento>>” (p. 31) no es

más que el resultado de la huida ante la satisfacción de una pulsión lejanamente reprimida durante la etapa infantil. La huida se da ante los continuos intentos de retorno a la satisfacción plena y que se ve truncada por las resistencias impuestas por el sistema anímico.

Desde su concepción las pulsiones de muerte ocuparon para Freud un lugar de privilegio dentro de su teoría por hallar en ellas el carácter más general de toda pulsión, el carácter conservador, lo que las convierte en las representantes de la pulsión por excelencia. Su aparición representa también un cambio en la conceptualización de algunos términos y en algunas dinámicas dentro de la vida pulsional para los que Freud no hallaba una descripción lógica desde su teoría de las pulsiones de vida. El sadismo, el masoquismo y el odio son ejemplos de ello.

Cuando Freud expone el tema del sadismo y el masoquismo en su texto *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), presenta la agresión como un aspecto de la pulsión aunque se había mostrado antes de manera somera en *La interpretación de los sueños* (1900a) cuando describió el conflicto que se esconde detrás del complejo de Edipo, la lucha ambivalente entre amor y odio, en los sueños de muerte de personas queridas. Dice Freud: “El sadismo respondería, entonces, a un componente agresivo de la pulsión sexual, componente que se ha vuelto autónomo, exagerado, elevado por desplazamiento {descentramiento} al papel principal.” (1905, p. 143). El sadismo y el masoquismo son dos vertientes de una misma perversión y el componente activo de la pulsión se corresponde

con el primero y el componente pasivo con el masoquismo. Las formas de actividad o pasividad se encuentran en cantidades variables en el mismo sujeto.

A partir de 1920 lo que encontramos respecto de la agresividad es que ya no es un componente parcial sino algo autónomo, la pulsión de muerte en sí misma. Al hacer referencia a la etapa sádico-anal del desarrollo psicosexual nos dice: “Desde siempre hemos reconocido un componente sádico en la pulsión sexual; según sabemos, puede volverse autónomo y gobernar, en calidad de perversión, la aspiración sexual íntegra de la persona.” (Freud, 1920, p. 52).

Encuentra Freud en la composición de los organismos pluricelulares el mejor ejemplo para representar la unión de ambas pulsiones y parte de allí para explicar la desmezcla de las mismas y la forma como esta situación se manifiesta. Al respecto nos dice:

En los componentes sádicos de la pulsión sexual, estaríamos frente a un ejemplo clásico de una mezcla pulsional al servicio de un fin; y en el sadismo devenido autónomo, como perversión, el modelo de una desmezcla, si bien no llevada al extremo. (Freud, 1923, p. 42).

Esta desmezcla de las pulsiones le permite a Freud mirar con otros ojos casos expuestos en su teoría como las neurosis, entre las que incluye a las obsesivas sobre las que

resalta éste proceso y destaca la evidencia de la pulsión de muerte. Conjetura entonces el autor, que una regresión libidinal mantiene su esencia en la desmezcla de las pulsiones.

El sadismo puede ser considerado una perversión cuando su actitud dirigida hacia el objeto sexual es únicamente activa o violenta, y cuando el maltrato y el sometimiento aplicado a dicho objeto es la única condición para la satisfacción. Por otra parte, el masoquismo no tiene un origen primario sino que nace cuando se dirige esa pulsión activa –sádica- hacia la propia persona. A partir de los análisis de las perversiones, encuentra Freud que en ellas se conjugan varios motivos, lo que lo lleva a asegurar que la pulsión sexual no es simple sino que tiene componentes que se separan en las perversiones.

La posición de Freud respecto del sadomasoquismo evolucionó a la par que la teoría pulsional. En *Pulsiones y destinos de pulsión* de 1915a, Freud diría:

Ahora bien, el psicoanálisis parece demostrar que el infligir dolor no desempeña ningún papel entre las acciones-meta originarias de la pulsión. El niño sádico no toma en cuenta el infligir dolores, ni se lo propone, Pero una vez que se ha consumado la trasmutación al masoquismo, los dolores se prestan muy bien a proporcionar una meta masoquista pasiva, pues tenemos todas las razones para suponer que también las sensaciones de dolor, como otras sensaciones de displacer, desbordan sobre la excitación sexual y producen un estado placentero en aras del cual puede consentirse aún el displacer del dolor. (p. 122).

Lo expresado por Freud en la cita anterior hace una clara referencia a la pulsión de apoderamiento que él introdujo en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), y que se define como una pulsión no sexual, que se une de manera solo secundaria a la sexualidad y cuyo fin es dominar el objeto por la fuerza (Laplanche, J & Pontalis, J., 1967). El sadismo es anterior al masoquismo y éste último es un sadismo dirigido contra la propia persona pero tal como lo hemos leído, el sufrimiento no es tenido en consideración y tampoco es acompañado por algún placer sexual.

Con la introducción de la pulsión de muerte, el concepto *sadismo* adquiere una nueva interpretación. Según encontramos en *El problema económico del masoquismo* (1924), la pulsión de muerte, esa pulsión de destrucción y apoderamiento, es interceptada por la libido quien sale a su encuentro para evitar que alcance su fin y la dirige contra el mundo exterior pero “Un sector de esta pulsión es puesto directamente al servicio de la función sexual, donde tiene a su cargo una importante operación.” (Freud, 1924, p. 169). Dicha operación es lo que conocemos como *sadismo*. Sin embargo, hay una parte de esa pulsión de muerte que no es derivada hacia los objetos externos y que permanece en el organismo ligada por la libido y que recibe el nombre de *masoquismo erógeno*. Freud igualmente propone dilucidar la relación que existe entre el principio de placer y las dos pulsiones que propuso en *Más allá del principio de placer* de 1920, las pulsiones eróticas o de vida y las pulsiones de muerte. El enfoque de la propuesta empieza en la pareja compuesta por el masoquismo y el sadismo. El principio de placer que hasta el momento se ha erigido como el guía del funcionamiento del sistema anímico es desligado de la idea de

que la disminución de tensión y su incremento tiene directa relación con el placer y el displacer respectivamente, basando su argumento en la excitación sexual como primer ejemplo, en la que el aumento de tensión se relaciona con la sensación de placer (Freud, 1924). Por lo menos se desliga en lo cuantitativo, porque parece que la relación de la serie placer y displacer con el principio de placer se encuentra en lo cualitativo. “Quizá sea el *ritmo*, el ciclo temporal de las alteraciones, subidas y caídas de la cantidad de estímulo...” (Freud, 1924, p. 166)

El sadismo fue observado por Freud en el temprano desarrollo psicosexual del sujeto infantil, hallando en la pulsión sexual, componentes crueles dirigidos contra animales y compañeros de juegos como muestras de una práctica sexual prematura que se origina en las zonas erógenas. “La crueldad es cosa enteramente natural en el carácter infantil; en efecto, la inhibición en virtud de la cual la pulsión de apoderamiento se detiene ante el dolor del otro, la capacidad de compadecerse, se desarrollan relativamente tarde.” (Freud, 1905, p. 175). El fin de tal pulsión de apoderamiento no es entonces el sufrimiento del otro sino que este resultado no es tenido en cuenta por el infantil individuo. En la etapa oral del desarrollo de la libido, la aniquilación del objeto concuerda con el apoderamiento amoroso y en el estadio fálico, se manifiesta en el dominio que se ejerce sobre el objeto sexual a través del acto físico en la búsqueda de la reproducción (Freud, 1920). En la dualidad sadismo-masoquismo Freud encuentra el regreso de la pulsión a un estado conocido anteriormente. El sadismo está fundamentado en la dirección de la libido del yo hacia el objeto y el masoquismo indica el retorno de la libido al yo.

En *La predisposición a la neurosis obsesiva* (1913b), hablando Freud de la pulsión de apoderamiento en el par antitético actividad-pasividad, sostiene que la diferenciación entre los sexos en masculino y femenino, no se da aún en la etapa pregenital de la elección de objeto, sino que se encuentra definida en las aspiraciones de meta activas y pasivas. “La actividad es sufragada por la pulsión ordinaria de apoderamiento, que llamamos «sadismo», justamente, cuando la hallamos al servicio de la función sexual” (Freud, 1913b, p. 342). El erotismo anal nutre la corriente pasiva. En 1920 Freud se pregunta acerca del lugar de dicha pulsión sádica en el carácter conservador de la vida -de la pulsión- y si ese sadismo no corresponde a una pulsión de muerte que ha sido apartada del yo a través del esfuerzo y el influjo de la libido narcisista y que se hace evidente solamente cuando es dirigida al objeto. Lo que encontramos aquí es que aquel estrato que se ha puesto a disposición de la sexualidad se ha hecho por intervención de las pulsiones de vida que se enlazan con la pulsión de muerte y que se manifiesta en el sadismo-masoquismo. La parte de esa pulsión que se ha desalojado hacia el exterior por medio de la musculatura es reconocida como agresividad.

El sadismo como representante de la pulsión de muerte al servicio de la actividad sexual es uno de los motivos que llevó a Freud a considerar la existencia de una pulsión agresiva que en contraposición a las pulsiones de vida, busca llevar al organismo al estado de lo inorgánico. Como hemos visto anteriormente, existe en la pulsión de muerte el carácter más general de la pulsión, el carácter conservador que es evidenciado por el teórico a partir de la compulsión de repetición. Esta compulsión parte de eventos repetitivos que han estado presentes desde el principio de la obra psicoanalítica como los síntomas, los

sueños, las prácticas rituales de los obsesivos y la transferencia en la terapia. Revisemos entonces desde Freud la motivación que encuentra en la compulsión de repetición para sostener que existe una pulsión de muerte.

Más allá del principio de placer (1920) es un texto en el que Freud no solamente nos introduce el concepto de pulsión de muerte sino que también nos ofrece la revisión de varios conceptos que anteriormente habían sido trabajados y propuestos desde la óptica de la primera teoría pulsional. Aquí reconoce que el aparato anímico no se rige únicamente por el principio de placer -concepto que él mismo afirma haber obtenido del principio de constancia-, como sucedía con las pulsiones sexuales sino que “...en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer.” (Freud, 1920, p. 9). Son esas tales fuerzas las que le dan indicios a Freud del carácter regresivo de la pulsión y se corresponden con aquellos recuerdos indeseados y situaciones afectivas dolorosas que repiten bien los neuróticos y que para Freud se hacen evidentes en la transferencia. El principio de placer que había regido hasta este momento el funcionamiento mental, parece no tener el mismo efecto en este caso, porque Freud nos comunica: “Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer.” (Freud, 1920, p. 21). La repetición de eventos y sucesos penosos se debe entonces a una tal compulsión.

Sin embargo, esta característica repetición en el padecer de los neuróticos no se limita exclusivamente a ellos sino que también se encuentra en la vida de aquellos que no han presentado un conflicto neurótico tramitado a través de uno o varios síntomas. “Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos (...) se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud” (Freud, 1920, p. 21). Creo que debemos reconocer en esto que existe una universalidad en la compulsión de repetición y que señaló el camino al reconocimiento de la pulsión de muerte.

Las pulsiones de autoconservación se sirven originalmente del principio de placer para preservar la seguridad del organismo protegiéndolo de los peligros del mundo externo y que posteriormente ceden el paso al principio de realidad, a partir del cual, se renuncia temporalmente a la satisfacción aunque ésta se conserva como meta. El objetivo del relevo es explicado por Freud así: “...sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer.” (Freud, 1920, p. 10). Este relevo del principio de placer por el principio de realidad es uno de los motivos por los cuales el sistema anímico experimenta el displacer, el otro motivo lo halla Freud en las mociones pulsionales producidas en el desarrollo del yo. Durante éste proceso, las pulsiones que se experimentan como displacenteras son sometidas a la represión, se conservan en estadios arcaicos del desarrollo y temporalmente son eximidas de alcanzar la satisfacción. Dice Freud que si posteriormente como sucede con las pulsiones sexuales, esas pulsiones reprimidas por medio de algunas divagaciones logran alcanzar una

satisfacción sustitutiva o directa, aquello que en un principio normalmente hubiera sido una experiencia satisfactoria para el yo, ahora es de displacer.

Lo que es percibido como displacer por el yo es reprimido, he ahí el principio de placer y aquello que no alcanza al desalojo, se trata de armonizar a través del principio de realidad; pero algunas veces lo que es displacentero para una parte del sistema anímico, es por otra parte percibido como placentero – en los estudios sobre el sueño de Freud por ejemplo. Es por la compulsión de repetición que el sistema anímico experimenta situaciones una y otra vez que de ninguna forma fueron satisfactorias o como lo dice el autor:

Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces. (Freud, 1920, p. 20).

La compulsión a la repetición de eventos no placenteros es una característica en los neuróticos, pero Freud señala que una situación semejante se da también en personas no neuróticas quienes en su vida manifiestan la pérdida que significó la renuncia al progenitor del mismo sexo durante el complejo de Edipo por ejemplo. Enfocándose en los neuróticos respecto a la compulsión a la repetición Freud dice “...osaremos suponer que en la vida

anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer.” (1920, p. 22).

Cuando Freud considera los casos de las neurosis traumáticas y se encamina en los sueños que sufren los enfermos de ellas, confirma que los sueños no tienen siempre como meta, el cumplimiento de un deseo o por lo menos, no en primera instancia como lo había sostenido en *La interpretación de los sueños* (1900a). Freud dice que antes de que impere el principio del placer, hay una labor que debe hacerse por medio del sueño del trauma, aquella de controlar el estímulo que sobrepasó los umbrales de energía percibida –que se ha convertido por esto en un trauma psíquico-, y que se ha derivado en una angustia que ha sido omitida y que ha llevado al desarrollo de la neurosis traumática.

Si en la neurosis traumática los sueños reconducen tan regularmente al enfermo a la situación en que sufrió el accidente, es palmario que no están al servicio del cumplimiento de deseo, cuya producción alucinatoria devino la función de los sueños bajo el imperio del principio de placer. (Freud, 1920, p. 31).

Los sueños de los neuróticos difieren en su fin con los sueños de angustia que trata bien Freud en *La interpretación de los sueños* (1900a) al igual que aquellos sueños de castigo. En cumplimiento con la compulsión de repetición, los sueños de los neuróticos y aquellos que se ofrecen en las terapias psicoanalíticas, reviven traumas y convocan lo que se ha reprimido y olvidado. Para Freud son la primera excepción a su teoría de que el sueño es un cumplimiento de deseo.

La compulsión a la repetición es documentada por Freud también en la experiencia del juego infantil como en el del niño “Fort-Da”, y se interpreta como un mecanismo a través del cual la repetición es utilizada para tramitar un conflicto psíquico, en este caso la ausencia de la madre (Freud, 1920). Aquí la repetición le permite al niño hacerse activo frente a una situación en la que inicialmente tenía un papel pasivo y para Freud, con la repetición parece que se perfecciona aquel dominio procurado. La compulsión a la repetición no se muestra como contradictoria frente al principio de placer, porque según Freud: “...es palmario que la repetición, el reencuentro de la identidad, constituye por sí misma una fuente de placer.” (Freud, 1920, p. 35).

Y aún debemos considerar un tercer motivo para la propuesta de una pulsión de muerte y es *el odio*. En *El yo y el ello* (1923), Freud propone permutar como ejemplo, la oposición entre las dos clases de pulsiones expuestas y la polaridad entre amor y odio. El autor indica de nuevo que el odio no solamente acompaña al amor en la ambivalencia que expuso en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a) sino que muchas veces es el precursor de los vínculos entre las personas, además el amor puede relevar al odio y viceversa (Freud, 1923). Comprender lo anterior nos exige desde Freud tomar con cuidado los casos en los que la sucesión de amor por odio y viceversa se da por motivos justificados y, aquellos en los que dada la investidura del objeto, se agrede al mismo antes de amarlo, porque es posible que la pulsión agresiva llegara antes que la erótica, dándose después la unión. Lo que propone Freud como válido para el ejemplo es su hallazgo en algunas de las neurosis, de una mudanza de amor en odio y viceversa:

En la *paranoia persecutoria*, el enfermo se defiende de cierta manera de una ligazón homosexual hiperintensa con determinada persona, y el resultado es que esta persona amadísima pasa a ser el perseguidor contra quien se dirige la agresión, a menudo peligrosa, del enfermo. (Freud, 1923, p. 44)

Para el caso anterior, Freud dice que en una fase anterior el amor ya se había traspuesto en odio. También en la homosexualidad en la que violentos sentimientos de rivalidad que incluso llevan a la agresión hacia el objeto, al ser sometidos, transforman ese objeto en amado o incluso, se sirve de él para identificación, el autor encontró pruebas de la trasmutación del odio en amor. Tanto en la paranoia como en la homosexualidad, ha existido el sentimiento ambivalente. Para la paranoia dice Freud, “Desde el comienzo ha existido una actitud ambivalente, y la mudanza acontece mediante un desplazamiento reactivo de la investidura, así: se sustrae energía a la moción erótica y se aporta energía a la moción hostil.” (Freud, 1923, p. 44). Para la homosexualidad el mecanismo es distinto, el sentimiento de rivalidad hostil no tiene una perspectiva de satisfacción tal y como sí la tiene la actitud de amor. Por lo tanto, el motivo de la trasmutación es de carácter económico: “...es [la actitud hostil] relevada por la actitud de amor, que ofrece mejores perspectivas de satisfacción: posibilidad de descarga.” (Freud, 1923, p. 44). En ninguno de los dos casos, la mudanza de odio en amor se da de forma directa lo que corresponde más con las cualidades de las dos clases de pulsiones que se exponen. Freud acaba de enunciar un proceso de conmutación en el que a pesar de las diferencias cualitativas de las pulsiones tratadas aquí, la energía de una moción puede pasar a la otra y elevar su investidura. Sin embargo, él se

propone encontrar el origen de dicho conmutador. Freud halla su lugar en el acopio libidinal narcisista, es decir, en el Eros desexualizado. “Es que las pulsiones eróticas nos parecen en general más plásticas, desviables y desplazables que las pulsiones de destrucción.” (Freud, 1923, p. 45) y por ello, parece que esa libido que se conmuta trabaja, con el fin de facilitar las descargas energéticas, al servicio del principio de placer. El camino para la descarga no es importante dice Freud, lo que importa es que la descarga se haga. El teórico entonces nos comunica que este tipo de característica está presente en las investiduras del Ello, donde no importa el objeto sobre el cual se lleve a cabo el proceso. Como ejemplo cita la transferencia donde es forzoso llevarla a cabo sin importar la persona sobre la que se haga (p. 23).

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a), Freud coloca al amor y al odio en relación con las pulsiones del yo, liberándolos del positivismo que los acompañó desde las pulsiones sexuales en la primera teoría pulsional. Es esta necesidad estructural la que da pie al planteamiento de una pulsión de muerte. El odio entonces es entendido a partir de este texto como todo aquello que amenaza la integridad del yo.

La pulsión de muerte también es abordada por Freud en sus análisis acerca del sentimiento de culpa inconsciente, evidente en las neurosis obsesivas y las melancolías. Freud encontró que el origen de este sentimiento de culpa radica en que el superyó se despliega con dureza contra el yo. En la melancolía, ese avasalle del superyó parece concentrar el sadismo disponible en el individuo. “De acuerdo con nuestra concepción del sadismo, diríamos que el componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha

vuelto hacia el yo.” (Freud, 1923, p. 54). El componente destructivo nombrado aquí es la pulsión de muerte que ahora gobierna en el superyó y que en ocasiones de manera efectiva empuja al yo hacia la muerte.

En la neurosis obsesiva el mecanismo es distinto y menos claro que en la melancolía. A diferencia de los que sucede en ella, aquí el neurótico obsesivo no llega a darse muerte, está mejor protegido contra el suicidio que el histérico; “Lo comprendemos: es la conservación del objeto lo que garantiza la seguridad del yo.” (Freud, 1923, p. 54). Una regresión a la etapa pregenital –anal-sádica- que sufre el obsesivo compulsivo posibilita la trasposición de los impulsos de amor hacia el objeto, en impulsos agresivos. Por esto, la pulsión de agresión queda libre y quiere aniquilar al objeto o según Freud, o se muestra como si tuviera ese objetivo. El yo no acoge dichas tendencias, sino que se opone a ellas y se defiende con formaciones reactivas y medidas preventivas. Las tendencias permanecen entonces en el Ello. El superyó se comporta contra el yo como si éste fuera el poseedor de dichas tendencias y las persigue, en una muestra de que esto no es provocado por la regresión, sino que efectivamente el amor se ha mudado en odio (Freud, 1923). El yo queda así desvalido frente a ambas instancias y trata de defenderse de ellas, pero solamente logra su cometido contra las acciones más groseras de las dos; como resultado queda el automartirio interminable y en un posterior desarrollo, la mortificación sistemática de objeto cada vez que se presente la oportunidad. En ambos casos, en el de la melancolía y en la neurosis obsesiva, el yo sufre por parte del superyó el castigo.

En el análisis del superyó que hace Freud en el texto de 1923 *El yo y el ello*, introduce un nuevo supuesto: “El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo, paterno.” (Freud, p. 29). Aquí encuentra el autor otra desmezcla de pulsiones. De esta sublimación es de donde el superyó toma toda la agresividad que contiene, porque el componente erótico ya no tiene la fuerza para mantener la ligazón con la destrucción que lleva aleada.

Como hemos visto en este capítulo, la elaboración del concepto de pulsión de muerte obedece principalmente a una necesidad teórica que Sigmund Freud sintió como ineludible y que se gestó a partir del reconocimiento de un carácter agresivo dentro de la pulsión, carácter que no podía ser explicado desde el propósito positivo de las pulsiones de vida (pulsiones sexuales y de autoconservación) y que tampoco le daba consistencia a la dinámica del *amor-odio*. Con la consideración de los eventos de repetición como los síntomas, los sueños, las prácticas rituales de los obsesivos, etc., y la experiencia de la repetición en el trabajo terapéutico como exigencia del proceso de cura se reforzó la consideración de esa tendencia conservadora de la pulsión que encuentra su mejor exponente en la pulsión de muerte.

Existe para la pulsión de muerte todo un trasfondo representativo en la vida anímica y socio-cultural que le sirve de refuerzo como propuesta teórica. Por una parte tenemos su proyección en la vida onírica y fantasiosa de los pacientes neuróticos y otros que no lo son y por el otro, su evidente papel en eventos históricos como la Primera Guerra Mundial y

prácticas sociales como el tabú. Ambas consideraciones son el objeto de mi exposición a continuación.

CAPÍTULO III

LA MUERTE Y LA SOCIEDAD

Ya hemos hablado de la influencia que tiene el complejo de castración y el deseo de muerte del progenitor en la vida anímica de sujetos que guardan una predisposición a desarrollar algún tipo de neurosis, y hemos visto cómo se relaciona la angustia de muerte con dicho deseo. Pero el alcance de tal aspiración puede observarse también más allá de la vida individual del enfermo nervioso y proyectarse en el colectivo, al fin y al cabo, somos seres normalmente sociales. De acuerdo con lo expresado por Freud, revisemos el tema de la muerte en la cultura, los hechos y las organizaciones sociales.

La guerra, el reflejo del hombre primordial que habita en nuestro inconsciente

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, sobrevino para Freud un periodo de angustia y conmoción no sólo por el hecho de que la gran guerra trajo consigo miseria y un brote de neurosis traumáticas en los soldados combatientes semejante a una epidemia, sino porque tres de sus hijos y muchos de sus amigos y colaboradores fueron llamados al frente de batalla. Comienza entonces el padre del psicoanálisis a enfocar su mirada analítica sobre esos fenómenos sociales y a encontrar relaciones con sus hallazgos teóricos.

En su obra *Tótem y tabú* de 1913c, Freud hace un análisis de las costumbres de algunos pueblos primordiales y su despliegue teórico lo enfoca principalmente en el tabú del cual dice:

...el tabú en verdad sigue existiendo entre nosotros; aunque en versión negativa y dirigido a contenidos diferentes, no es otra cosa, por su naturaleza psicológica, que el «imperativo categórico» de Kant, que pretende regir de una manera compulsiva y desautoriza cualquier motivación consciente. (1913c, p. 8).

Freud cita a Wundt (1906) para mostrarnos que el tabú se encuentra más vinculado con nuestra dinámica psíquica que con los estamentos privilegiados donde se ubica. “«brotan allí donde nacen las pulsiones más primitivas y al mismo tiempo más duraderas del hombre: *en el miedo a la acción eficaz de unos poderes demoníacos*».” (Wundt citado en Freud, 1913c, p. 32). Se desprende paulatinamente de este poder demoníaco y se transforma en un poder que se fundamenta en sí mismo, llevándolo a que se trueque con la costumbre, la tradición y finalmente con la ley.

Existen en los pueblos primordiales toda una serie de rituales y prácticas dirigidos a mantener el peligro de la muerte alejado de ellos. Es así como el muerto es representado como un demonio que regresaría del más allá a acabar con los vivos si se le diera oportunidad. Inclusive pronunciar el nombre del difunto está prohibido; “Les parece que pronunciar su nombre equivale a un conjuro cuya consecuencia sería su inmediata

aparición.” (Freud, 1913c, p. 63). Esto parece explicar el tabú que existe alrededor del temor a los demonios, porque el muerto parece seducir al vivo con intención asesina. La figura de la muerte que conservamos aún hoy entre nosotros, ese esqueleto con su hoz, es un representante de esta idea.

El muerto se ve investido por proyección, de toda la hostilidad que siente el supérstite hacia él, lo que lo transforma en un demonio del que hay que cuidarse. El deudo hace el duelo por el amor tierno que siente y le ha dejado lo ominoso al difunto. Es este el mecanismo que se utiliza para darle trámite al conflicto que estalla a causa de los sentimientos bi-escindidos que habitan en lo anímico.

Podemos entender el origen de esta angustia ante los muertos desde la mirada freudiana de las alteraciones psiconeuróticas. Es típico de los obsesivos, como hemos mencionado en el primer capítulo, que ante la pérdida de un amado padre en el caso de los varones o de una madre en el caso de las mujeres, violentos reproches los asalten y se consideren ellos mismos responsables por el destino que ha sufrido el difunto. “De nada vale el recuerdo del esmero que se puso en cuidar al enfermo, ni la positiva refutación de la culpa aseverada...” (Freud, 1913c, p. 66). El reproche no se encuentra justificado en un aparente descuido pero sí en un deseo inconsciente para el deudo, quien de haber tenido el poder habría provocado esa muerte. Muestra clara todo esto de la ambivalencia en las mociones de sentimiento que sobrevive en todos nosotros. No olvidemos que algo semejante se presenta durante la etapa del complejo de Edipo.

Pero esa ambivalencia se encuentra en mayor o menor medida en los individuos y ello depende de la estructura psicológica, en la disposición. Freud explica el funcionamiento de la prohibición obsesiva y la compara con el tabú; para él la prohibición es consciente pero los motivos que la producen permanecen olvidados debido a la labor de la represión. La intensidad que ejerce la prohibición se debe a la relación que sostiene con el placer no asfixiado que sobrevive en lo inconsciente. “Y su trasferibilidad, así como su capacidad de propagación, son reflejos de un proceso que le ocurre al placer inconsciente y se ve particularmente facilitado bajo las condiciones psicológicas de lo inconsciente.” (Freud, 1913c, p. 38). El continuo desplazamiento del placer pulsional se debe a su necesidad de escapar al asedio en el que se encuentra procurando en el proceso ganar subrogados para lo prohibido. “A cada nuevo empuje de la libido reprimida, la prohibición responde haciéndose más severa.” (Freud, 1913c, p. 38). A partir de esto Freud explica que esta lucha continua de poderes crea una necesidad de descarga, de reducción de la tensión, que es la motivación de las acciones obsesivas. Éstas son desde la neurosis y según sostiene el autor, acciones de compromiso que por un lado son testimonios de arrepentimiento y por el otro, acciones sustitutivas que indemnizan a la pulsión. Entiende Freud que el obedecer la prohibición-tabú implica renunciar entonces a algo que se quisiera hacer, lo que explica por qué la violación al tabú se puede compensar a través de una expiación o una penitencia.

En las prácticas tabú como la prohibición a tocar al muerto, acercarse a la viuda o el viudo, nombrar al difunto, etc., hallamos el castigo por la satisfacción inconsciente que produce la muerte del amado. El temor a los espíritus es más férreo en los familiares del

exánime porque es justamente en ellos en quienes los sentimientos ambivalentes son más fuertes.

Al reconstruir Freud la historia modelo del tabú nos indica que los tabúes son prohibiciones muy antiguas que fueron inculcadas con violencia por los antepasados a una nueva generación. Las prohibiciones se extendieron sobre aquellas actividades hacia las cuales se tenía una fuerte inclinación. Acaso por efecto de la tradición sustentada en la autoridad parental y en lo social, se han conservado de generación en generación. Freud infiere entonces que si el tabú ha permanecido vigente entre algún pueblo es porque en él, el placer originario de hacer aquello prohibido sobrevive.

Para nuestros días y nuestras organizaciones sociales la ambivalencia que rodeaba al trato con los muertos ha cambiado, se ve muy distendida y ahora lo que sobrevive es la piedad hacia el muerto. Ésta llegó a ocupar el lugar que tenía la lucha entre el odio que se satisfacía y el dolido amor tierno. Para los neuróticos obsesivos en cambio, las cosas no han cambiado y se siguen reprochando la pérdida de ese ser querido.

La actitud que muestran los pueblos primordiales frente a la vida y la muerte está sujeta obviamente al desarrollo del pensamiento, las ciencias, su organización como sociedad, etc.; se esperaría que en pueblos “más civilizados”, en sociedades mejor constituidas como las nuestras, donde las normas éticas que se han instituido regulan la participación de los individuos y el funcionamiento correcto de dicha estructura, se dieran

mecanismos para solventar los conflictos de interés, pero las Grandes Guerras han demostrado todo lo contrario.

Freud adjudica esta situación al hecho de que es la sociedad la que impone el control algunas veces por medio de la cultura, la educación, la religión, etc., a mociones pulsionales que él considera primitivas y que en la concepción de dicha sociedad son calificadas como “malas”. Cuando los requerimientos éticos ceden ante las demandas pulsionales, podemos ver cómo los hombres se comportan de la forma más egoísta.

En el capítulo anterior dedicado a la evolución del concepto de *pulsión de muerte* ya habíamos hablado del caso en el que mociones pulsionales hostiles y de ternura pueden dirigirse contra un mismo objeto, lo que explicaría en el caso de la guerra, el hecho de que los pueblos se levanten los unos contra los otros después de periodos de aparente paz.

Pero hay de fondo algo más interesante para nosotros que los fundamentos pulsionales más fundamentales y es lo que el mismo Freud se dio en llamar *nuestra actitud frente a la muerte* en un apartado del texto *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915b). Para Freud, la muerte es algo que siempre hemos querido mantener lejos de nosotros a pesar de que decimos saber que es un evento natural pero en nuestro comportamiento, mostramos que frente a ella no somos más que observadores. “En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad.” (Freud, 1915b, p. 290).

Destacable el comportamiento que observamos en los niños, para quienes la muerte del otro no representa mayor ofensa y hablan de ella sin sentir remordimiento alguno. Entendemos por Freud, que los infantiles sujetos en su temprano desarrollo anímico, no tienen la concepción que nosotros adultos tenemos, y que para ellos la muerte puede ser significada como una ausencia, como un irse lejos y que en la etapa edípica, cuando algo semejante se le declara al rival progenitor, la mayoría de las veces hace referencia a ese partir deseado. Por el contrario, los adultos no pueden pensar en la muerte de otro sin que lo asalten sentimientos de arrepentimiento y mucho más, cuando aquella muerte le trae algún beneficio. Y como en el caso de la horda primordial, el muerto es tratado con respeto y en la lápida se honra con lo más favorable para el mismo y esto llega a ponerse aún por encima de la verdad de su vida.

No somos ajenos tampoco a la realidad de que la pérdida de un ser cercano a nosotros nos sume en la más profunda tristeza y ese duelo que nos embarga nos lleva a evitar situaciones en las que nuestra vida o las de aquellos amados pueda precipitarse a un fin, lo que se traduce para el teórico en una pérdida por el gusto de la vida. Afortunadamente y como dice Freud, las artes como la literatura, nos ofrecen héroes con los cuales podemos sustituir aquello que en la vida nos hace falta. “Morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos y estamos prontos a morir una segunda vez con otro, igualmente incólumes.” (Freud, 1915b, p. 292).

La guerra le ha hecho creer a los hombres de esa sociedad vienesa, contemporánea con el padre del psicoanálisis, de nuevo en la muerte. Se confrontan día a día con ella y en

el proceso la muerte ha dejado de ser algo eventual, algo accidental y según Freud, la vida ha recuperado el interés que parece haber perdido cuando la muerte empezó a ser visualizada como un contingente. Dicho cambio en la relación con la muerte de los hombres de aquella comunidad, afectó las actividades de ellos y en el mismo Freud encontramos un desconcierto que lo llevó a una parálisis en su productividad.

Freud buscó rastrear la relación con la muerte que los asaltaba por ese entonces y empezó buscando en la historia del hombre primordial. En él se hallaba una relación con la muerte un tanto contradictoria. Por un lado, se encontraba el reconocimiento de este suceso con importancia, como un cese de la vida y por el otro, la redujo a nada. “Esta contradicción fue posibilitada por el hecho de que frente a la muerte del otro, del extraño, del enemigo, adoptó una actitud radicalmente diversa que frente a la suya propia.” (Freud, 1915b, p. 293). Era fácil darle muerte al enemigo que se odiaba y frente a esto, se actuaba con justicia.

La propia muerte para el hombre primordial parece ser tan increíble como lo es para nosotros en estos días y cuando perdía a uno de sus seres queridos, como lo señaló Freud en el segundo ensayo de *Tótem y tabú* (1913c), en su dolor entendía que su propia vida corría peligro y su ser se oponía a tal posibilidad. La pérdida de un ser querido contiene esa ambivalencia de sentimientos. Se pierde una parte de su yo y a la vez, esa muerte se siente como merecida ya que permite recuperar ese fragmento de su yo que era ajeno en el difunto. Así entonces, el amado era también un enemigo que despertaba deseos hostiles en el deudo.

Tal y como sucede en el hombre primordial, nosotros admitimos la muerte de quienes nos son extraños o aún enemigos, y a ellos los podemos eliminar sin preocupación alguna. A diferencia de los primeros hombres, el asesinato no lo llevamos a cabo, lo máximo que hacemos es desearlo. Sin embargo y de acuerdo con Freud, esta acción es bastante significativa y está llena de consecuencias. Por lo tanto, nos la podemos pasar eliminando a todos aquellos que nos ha movido a discordia porque “...todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, en el fondo, un crimen *laesae majestatis* {de lesa majestad}.” (Freud, 1915b, p. 298). Es una fortuna que nuestro deseo de muerte no tenga la suficiente fuerza como para traducirse en una acción tal y como sucedía con los hombres primordiales (Freud, 1913c).

El hombre primordial es el modelo que seguimos en nuestro inconsciente. Ya hemos señalado que solamente la muerte del pariente cercano ha hecho mella en la conciencia posterior que tuvo el “salvaje” acerca de la muerte. Freud nos ha revelado que nuestro inconsciente no cree en nuestra propia muerte y que por el contrario en su actuar es como si fuéramos inmortales. En el inconsciente lo negativo no tiene cabida, es sabido que los opuestos sobreviven en él e incluso son el fundamento del acontecer anímico. Es por esto que la muerte, para la que solamente podemos concebir un contenido negativo, no es aceptada en nuestro inconsciente.

De aquella falta de aceptación infiere Freud el origen de algo más; se trata del heroísmo. Según él, la mayoría sostiene que el heroísmo encuentra sus bases en la idea de que la vida no vale tanto como ciertos otros bienes abstractos y materiales pero para el

autor, su origen descansa en la inmortalidad que consideramos en nuestro inconsciente lo que hace del heroísmo un cierto impulso.

En la guerra, el heroísmo se hace presente gracias a nuestra creencia inconsciente en la inmortalidad y durante la contienda, el hombre primordial de nuestro inconsciente se hará real y la persona extraña se hará nuevamente un enemigo a quien desearemos su muerte.

La muerte en la religión, la mitología y la literatura

Todo ese contenido hostil en la historia de la humanidad y que Freud resalta cuando nos dice: “Todavía hoy lo que nuestros niños aprenden en la escuela como historia universal es, en lo esencial, una seguidilla de matanzas de pueblos.” (Freud, 1915b, p. 293), ha cosechado un sentimiento de culpa que desde tiempos primordiales de la humanidad ha hostigado al hombre. Según Freud, esta antigua culpa se ha condensado en lo que el cristianismo ha denominado desde Pablo como *el pecado original*. De acuerdo con el autor, el pecado original tiene que ver con el parricidio como lo señala en *Tótem y tabú* (1913c).

Si el Hijo de Dios debió ofrendar su vida para limpiar a la humanidad del pecado original, entonces, según la ley del talión (la venganza con lo mismo), ese pecado ha sido una muerte, un asesinato. Sólo esto pudo exigir como

expiación el sacrificio de una vida. Y si el pecado original fue un agravio contra Dios Padre, el crimen más antiguo de la humanidad tiene que haber sido un parricidio, la muerte del padre primordial de la horda primitiva, cuya imagen en el recuerdo fue después trasfigurada en divinidad. (Freud, 1915b, p. 294).

Esta idea del parricidio es explicada por el padre del psicoanálisis en su trabajo *Moisés y la religión monoteísta* de 1939, y descansa en la ambivalencia del sentimiento infantil hacia el padre. Según Freud, la consideración de un dios-padre nace de la necesidad de recuperar a ese padre de la horda primordial e investirlo con todo el poder de antaño. Los hombres se presentan en esta relación con el dios-padre como hijos sumisos a su voluntad y temerosos de su gran poder, pero a la vez, son agradecidos por la gracia que han hallado ante los ojos de él. Pero las fuertes mociones hostiles pulsionales infantiles tarde o temprano se mueven y deben ser manifestadas en la relación que nos ocupa.

De acuerdo con Freud, en la religión que fundó Moisés no existía lugar para el odio que convive al lado del amor tierno por el padre y que es el motor del parricidio. La conciencia de culpa fue la reacción indirecta frente al sentimiento hostil, frente al crimen contra el padre y frente a la sensación de pecar y seguir haciéndolo. Todo esto amenaza el porvenir que desde la antigüedad se había visualizado para el pueblo de Dios; “Pesaba mucho al pueblo que las esperanzas puestas en la gracia de Dios no quisieran concretarse; no era fácil conservar la ilusión, amada por sobre todas las cosas, de que se era el pueblo elegido de Dios.” (Freud, 1939, p. 129). Posteriormente el hombre alcanzó alturas éticas a las que nunca antes había llegado empujado por un sentimiento de culpa que brotaba cada

vez más de fuentes más profundas. El crimen contra el padre debió ser redimido por la muerte de un hijo suyo, un representante de la humanidad. El autor sostiene que el pecado original debe de ser un magnicidio y no otro delito porque: "...un crimen que tenía que ser expiado por un sacrificio de muerte sólo podía haber sido un asesinato." (Freud, 1939, p. 130).

La muerte ha influido la estructura religiosa de occidente de acuerdo con lo expuesto por Freud y a partir de ella también se han desarrollado ciertas prácticas y creencias como cuando el hombre aceptó la realidad de la muerte y la invistió con un contenido ominoso en el que los demonios podían regresar a vengarse por haber perdido el goce de la vida (1915b). Así, se introdujo la idea de una cierta vida después de la muerte, pero en ella no se hallaba placer y esas existencias "eran como la de una sombra, vacías, y hasta épocas muy avanzadas se las menospreció; tenían todavía el carácter de unas reproducciones lamentables." (Freud, 1915b, p. 295).

Las religiones vinieron a cambiar la representación que teníamos los hombres de la muerte. Asegura Freud que la vida pasó a ser el preámbulo una existencia gloriosa y que debía tenerse en alta estima. Incluso en otras culturas como la griega, el alma había sobrevivido a muchas vidas y una y otra vez había reencarnado; todo lo anterior con el propósito de despojar a la muerte de su poder para anular la vida.

Como señala Freud, "Frente al cadáver de la persona amada no sólo nacieron la doctrina del alma, la creencia en la inmortalidad y una potente raíz de la humana

conciencia de culpa, sino los primeros preceptos éticos.” (1915b, p. 296). Pero también es el origen de la prohibición que en la tradición cristiana se ha consolidado a través del quinto mandamiento, ese de “No matarás”.

El contraste hecho entre los actuales combatientes que dan muerte a sus enemigos y aquellos pertenecientes a pueblos primitivos, ha señalado según Freud que los primeros han perdido aquella sensibilidad ética que los segundos aún conservan. En los guerreros pertenecientes a las organizaciones primitivas se observa un comportamiento diverso frente al enemigo muerto en batalla; “...el salvaje teme todavía la venganza del espíritu del enemigo aniquilado” (Freud, 1915b, p. 297), espíritu que encarna la culpa que siente ante su deseo hecho realidad. Los guerreros actuales, pueden regresar a casa sin sentir culpa alguna por lo sucedido en el campo de batalla. Esto sirve de evidencia para la hipótesis propuesta por Freud en *Tótem y tabú* (1913c), con la cual afirma que el deseo de la muerte del otro es una moción pulsional arcaica, y que el duelo es un representante del sentimiento inconsciente de culpa. “Una prohibición tan fuerte sólo puede haber ido dirigida contra un impulso igualmente fuerte. Lo que no anhela en su alma hombre alguno, no hace falta prohibirlo, se excluye por sí solo.” (Freud, 1915b, p. 297).

El mandamiento “No matarás” nos refuerza la creencia de que existe un deseo primordial que hemos heredado y que la historia ha sido aprovechada para conquistar las aspiraciones éticas que por patrimonio, son sucedidas entre la humanidad actual.

No solamente se ha estructurado un sistema de creencias como la religión a partir del deseo de muerte y la necesidad de redención, también ha encontrado la muerte un lugar en la literatura y en la mitología. Esto no debería presentársenos como ajeno, ya que la mitología es el conjunto de relatos o mitos que hacen parte de la religión y la cultura, y la literatura es el conjunto de producciones literarias de una época y/o una nación.

De la mano de Freud podemos recorrer un texto exquisito en la interpretación de dos obras de Shakespeare que también se remite a otras historias de la mitología universal. El texto en cuestión es *El motivo de la elección del cofre* editado en 1913a.

El análisis de Freud empieza con dos obras de William Shakespeare: *El mercader de Venecia* (1600) y *El rey Lear* (1606) en las cuales encuentra como dato relevante el hecho de tener que realizarse la elección de una mujer. En *El mercader de Venecia* (1600), Porcia es puesta como elección para esposa por parte de su padre. Su retrato es depositado en uno de los tres cofres: de oro, plata y plomo, ofrecidos al Dux de Venecia, al Príncipe de Marruecos y al Príncipe de Aragón. En *El rey Lear* (1606), es el viejo monarca quien decide, entrado en años, repartir su reino entre sus tres hijas según el amor que le profesen. “Las dos mayores, Goneril y Regan, se deshacen en juramentos y alabanzas de su amor; en cambio, la tercera, Cordelia, se rehúsa a hacerlo.” (Freud, 1913a, p. 308).

En el primer caso, el de Porcia, su retrato se encontraba escondido en el cofre de bronce y en el segundo, en el del rey Lear, la última de sus hijas, guarda silencio ante la solicitud de su padre. En *La interpretación de los sueños* (1900a) Freud nos había indicado

sobre lo simbólico del silencio o la mudez como representación de la muerte. Cuando a Bassanio se le pregunta sobre su elección por el cofre de plomo responde: “«Tu palidez {paleness} me mueve más que la elocuencia».” (Freud, 1913a, p. 310). De acuerdo con Freud, el plomo es un material no sonoro, contrario al oro y la plata. En el caso del rey Lear, su última hija guardó silencio y no fue incluida en la herencia de su padre, cosa que le pesó al soberano al final de la historia.

Así como el silencio ha sido una característica decisiva de ambas historias, Freud ha puesto como ejemplo otras tales como Cenicienta, Afrodita y Psique. En todas estas historias la elección debe llevarse a cabo entre tres mujeres y una de ellas siempre es silenciosa.

Nos recuerda Freud dos cuentos de los hermanos Grimm: *Los doce hermanos* y *Los seis cisnes*, en los que la mudez de la hermana redime la suerte corrida por los doce cuervos y los seis cisnes. Todo esto nos reconduce al hecho de que las silenciosas mujeres están muertas, pero Freud es prudente y nos indica que como producto de una formación reactiva, las muertas pueden ser la muerte misma o las diosas de la muerte.

En las historias trabajadas por Freud en su texto de 1913a, esas representantes de la muerte han sido figuradas en opuestos para hacer posible la elección porque “...nadie elige la muerte, de quien se es víctima por una fatalidad.” (Freud, 1913a, p. 314); Afrodita es la diosa del amor; Psique es hermosa al igual que Poncia y Cenicienta y la hija del rey Lear, la única fiel.

La representación de tres mujeres quizás halle su origen según Freud en la mitología de las Moiras, que eran las personificaciones del destino. Cada una de las tres manejaba el hilo de la vida de cada mortal. Es así como una hilaba el hilo de la vida, otra lo medía y una tercera era quien lo cortaba. Las Moiras guardan también relación con las Cárites y las Horas (Freud, 1913a).

En la historia humana ha existido esa innegable realidad que a toda costa hemos querido apartar de nosotros gracias a nuestra convicción inconsciente, así “La creación de las Moiras es el resultado de una intelección que advierte al ser humano que también él es parte de la naturaleza, y por eso está sometido a la inexorable ley de la muerte.” (Freud, 1913a, p. 314). De acuerdo con Freud, nos revelamos contra la verdad de que la muerte es un destino natural, y no podemos lograrlo sino gracias a las fantasías que nos permiten satisfacer nuestros deseos de tener el control de nuestro destino. La muerte entonces deja de ser un fin obligado para devenir en una opción. Por esto y a partir del mito de las Moiras, la diosa de la muerte ha sido sustituida por la más hermosa, la más deseable y la mejor opción de las tres hermanas.

El cambio de las deidades ha obedecido a una perturbación en el deseo, en la que la elección ocupa el lugar que tenía la necesidad y la fatalidad. “Uno elige ahí donde en la realidad efectiva obedece a la compulsión, y no elige a la terrible, sino a la más hermosa y apetecible.” (Freud, 1913a, p. 315). Así el hombre lograr vencer a la muerte a quien en su pensamiento ha debido reconocer. La libertad en la elección de las tres hermanas de nuestras historias no es tan real, ya que al final la elección de la última es la más acertada,

si no deberemos hacernos responsables de los infortunios que podamos recibir tal y como el rey Lear.

CONCLUSIONES

Después de hacer una exposición a lo largo de los capítulos que conforman la presente monografía sobre la idea de la muerte contenida en la obra de Sigmund Freud, presentamos a manera de discusión, las conclusiones e ideas que posteriormente pueden ser desarrolladas en otros trabajos.

Este trabajo desde el principio ha estado motivado por la idea de que el tema de la muerte en la obra de Sigmund Freud, halla un lugar mucho más allá del concepto de *pulsión de muerte*. El desarrollo posterior que ha tenido esta monografía nos da cuenta de ello. Para explicar mejor esta cuestión, es bueno recordar que la muerte -y varios conceptos más desarrollados por Freud-, no han sido campos inexplorados en los que el padre del psicoanálisis se enseñe como el descubridor. Por muchos es sabido que aunque Freud desarrolló su teoría y muchos de sus conceptos de una manera más profunda, muchas de sus ideas ya se encontraban en la filosofía de Arthur Schopenhauer.

Como hemos visto, la muerte se le insinuó a Freud tempranamente como un contenido traumático, en varios casos de neurosis como las histerias, las fobias y las obsesiones. Era una experiencia de algunos de sus pacientes, interpretada por ellos como una situación aterradora y angustiante. Era la destructora de su más grande gozo y bienestar, y el resultado de un incontrolable deseo. Ella, la muerte, se disfrazó para

convertirse en el contenido de fantasías y sueños en los que el paciente alcanzaba aquello que en su inconsciente anhelaba.

De Freud conocemos, gracias al desarrollo de su teoría del complejo de Edipo, el deseo hostil del infante por su progenitor, deseo que podemos entender como un parricidio. Este acto que forma parte del mundo fantástico del pequeño, se convierte en la fuente de reproches neuróticos de acuerdo con la estructura psíquica del sujeto. De la resolución del conflicto edípico se deriva la estructura de la personalidad del individuo. Es así como la muerte se convierte en un referente importante dentro de la vida anímica de los sujetos.

Tocado el punto de la hostilidad hacia el progenitor del mismo sexo, llegamos a la explicación de Freud sobre los sentimientos adversos hacia los mandatarios y gobernantes, tan bien explicados en *Tótem y tabú* (1913c). Son estos sentimientos inconscientes los orígenes y explicación de las prohibiciones que regulan el trato con los supremos dirigentes en las organizaciones primordiales y la interacción con los muertos. La muerte se ha perfilado aquí como la reguladora de la sociedad y ha servido para la formación de las instituciones humanas fundamentales.

Pero hay un enfoque para la muerte que queremos destacar con este trabajo: La muerte como una meta que se evade a lo largo de la vida. Con el establecimiento del empuje de la pulsión de muerte y su tendencia a la desintegración de las unidades vitales, y la labor contraria de las pulsiones de vida, entendemos que es la vida un proceso, en el ámbito psíquico, mediante el cual trazamos un evasivo camino hacia la muerte. Es lo que

rescatamos de Freud y encontramos en común con Schopenhauer: "...inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer, para quien la muerte es el «genuino resultado» y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir." (Freud, 1920, p. 48).

A partir de 1920 el cambio en la concepción de la meta pulsional se nos muestra como ambivalente, característica de la teoría psicoanalítica. Decimos esto basados en un negativismo por parte de Freud al reconocer que la muerte es un fin al que todos nos hallamos destinados sin ninguna excepción. No existe la esperanza, desde su punto de vista, en la existencia de una vida más allá de esta que tenemos pero también reconocemos que es entusiasta al sostener que en nuestra naturaleza, tenemos las herramientas necesarias para controlar por un buen tiempo, a esa energía que busca conducirnos al cese de la vida.

Desde Freud no estamos abandonados a un destino fatal, al que pudiéramos o debiéramos acelerar con estrategias como el suicidio, o a la guerra total que busque la eliminación completa de la humanidad. Ciertamente Freud señala que hay una fascinación del hombre con respecto de estas estrategias, que lo hace fácilmente considerar como opciones a realizar, con las mínimas disculpas. Por otro lado, Freud tampoco propone una superación de la muerte al modo como lo promete la religión. Simplemente señala que hay un final inevitable, pero que podemos postergar durante cierto tiempo, contando con los medios y las fuerzas anímicas para llevarlo a cabo, especialmente las que ofrece las pulsiones sexuales. Ya lo indicamos anteriormente, aunque al final no podamos escapar a la labor de *Thanatos*, sí que habremos dado la batalla.

Existe, después de todo, un más allá de la pulsión de muerte en la obra de Sigmund Freud que nos ofrece la oportunidad de considerar a la vida misma, con sus elementos constitutivos.

BIBLIOGRAFÍA

Aportes de Melanie Klein al enfoque freudiano. (n.d.). Extraído el 16 de Abril de 2012 desde <http://www.eljuegoinfantil.com/psicologia/evolutiva/autores/klein.htm>

Breuer, J & Freud, S. (1895). Estudios sobre la histeria. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 2 (1893-95). Estudios sobre la histeria (Josef Breuer y Sigmund Freud)* (2da ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Castro, G. (2011). Pulsión de muerte: Nostalgia por la armonía perdida. *Revista Wímb lu*, 1, 23-38. Extraído el 14 de Abril de 2012 desde http://www.revistawimblu.com/docs/I_2011/2_2011.pdf

Caycedo, M. (2007). *La muerte en la cultura occidental: Antropología de la muerte.* Revista Colombiana de Psiquiatría, 36, 332-339.

Consentino, J. (1999). *Construcción de los conceptos freudianos II.* Buenos Aires. Ediciones Manantial SRL.

Ferrández, M. (2006). Psicodinámica del episodio melancólico agudo: La teoría clásica de Abraham. *Revista Informaciones psiquiátricas*, 185. Extraído el 16 de Abril de 2012 desde <http://www.revistahospitalarias.org/info.htm>

Freud, S. (1888). Histeria. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 1 (1886-89). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (2da ed., pp. 41-63). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1900a). La interpretación de los sueños. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 4 (1900). La interpretación de los sueños (primera parte)* (1ra ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1900b). La interpretación de los sueños. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 5 (1900-01). La interpretación de los sueños (segunda parte) Sobre el sueño* (2da ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 7 (1901-05). Fragmento de análisis de un caso de histeria. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras* (1ra ed., pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909a). La novela familiar de los neuróticos. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 9 (1906-08). El delirio y los sueños en la <<Gradiva>> de W. Jensen y otras obras* (2da ed., pp. 213- 220). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 10 (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (2da ed., pp. 2-117)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909c). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 10 (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (2da ed., pp. 119-194)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1913a). El motivo de la elección del cofre. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 12 (1911-13). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras (2da ed., pp. 303- 318)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1913b). La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 12 (1911-13). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras (2da ed., pp. 329- 346)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1913c). Tótem y tabú. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 13 (1913-14)*. *Tótem y tabú y otras obras (2da ed., pp.1-164)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 14 (1914-16)*. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (2da ed., pp. 105- 134)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915b). De la historia de una neurosis infantil. Temas de actualidad. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 14 (1914-16)*. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (2da ed., pp. 273- 303)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1918). De la historia de una neurosis infantil. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 17 (1917-19)*. *De la historia de una neurosis infantil y otras obras (2da ed., pp. 1- 112)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 18 (1920-22)*. *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (2da ed., pp. 1- 62)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 19 (1923-25)*. *El yo y el ello y otras obras (2da ed., pp. 1- 66)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 19 (1923-25). El yo y el ello y otras obras (2da ed., pp. 161-176)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1928). Dostoievski y el parricidio. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 21 (1927-31). El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras (2da ed., pp. 171-194)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1939). Moisés y la religión monoteísta. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 23 (1937-39). Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras (2da ed., pp. 1-132)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En *Sigmund Freud Obras completas; Vol. 1 (1886-99). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (2da ed., pp. 211-322)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ianni, G. (2009). Duelo y parricidio. Una contribución clínica a la problemática del duelo en la infancia. *Revista En clave psicoanalítica*, 2. Extraído el 15 de Abril de 2012 desde http://www.escuelapsicoanalitica.com/enclave/en_clave_n_02/PDF/dueloyparricidilogabrielianni.pdf

Laplanche, J & Pontalis, J. (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.

Pereira, M. (2001). *El concepto de pulsión en la obra de Freud*. Tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid.

Vives, J. (2002). De la pulsión sexual a la pulsión de vida (Eros) en la obra de Freud. *Revista Carta Psicoanalítica*, 1. Extraído el 14 de Abril de 2012 desde <http://www.cartapsi.org/spip.php?article262>